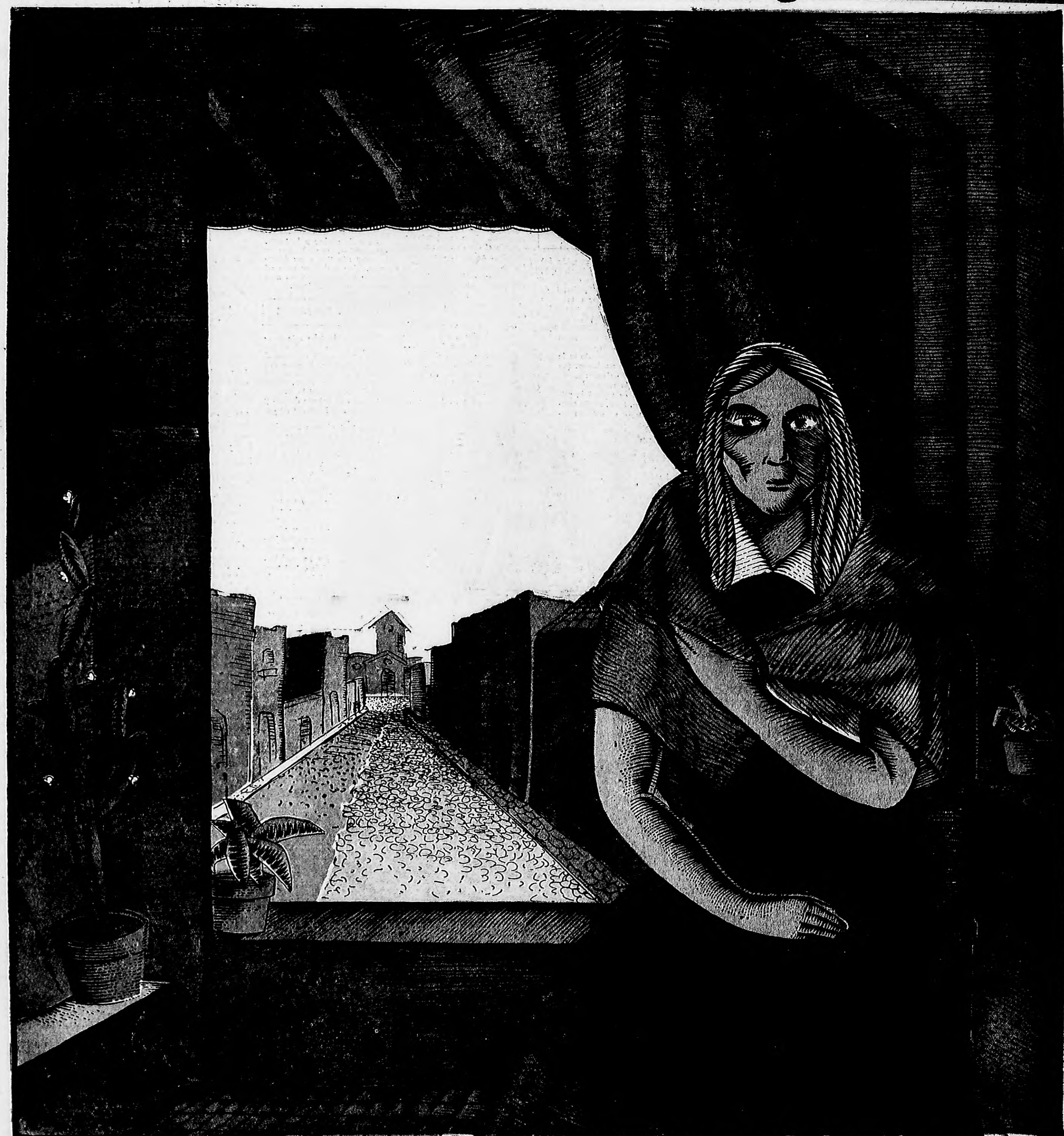
JORNADA MULTICOLOR

Mayor Circulación Sudamericana

Sección Magazine de JORNADA MULTICOLOR para toda la República, con vasto y ameno material de lectura, notas de interés universal, páginas de alta valía literaria, especialmente seleccionadas para el público argentino

Sábado 12 Dic. 1931



LA CASA PRESTADA
(VIDA PROVINCIANA)

HACIA mucho tiempo que no llovía; las hojas de los árboles guardaban en su dorso una capa de tierra. El desfile interminable de los carros de los ingenios ocultaban con su polvareda las montañas cercanas.

Los botines viejos que la gente pobre abandona en las calles, adquirían las más diversas formas al apeñuzcarse con la sequedad del aire. Los chicos se divertían en arrojar agua al suelo para observar cómo la absorbía la tierra sedienta; era una mancha obscura que duraba un segundo. Los coches pasaban dando barquinazos; los aurigas, con su tono de siesta, recitaban un léxico de maldiciones contra todo lo creado. Unos "changos" raquíticos y panzones correteaban en las calles desiertas. Al pasar frente a los zaguanes de las casas se aspiraba fugazmente un fresco olor a madreselva, menta y azahar. A la sombra de un paraíso un caballo lamía la frescura de una piedra.

Pasaban, de cuando en cuando, mujeres cubiertas de mantos verdinegros, quienes barrían el suelo con sus vestidos, cuyos ruedos estaban comidos por la tierra reseca. Un vigilante, de alpargatas, se agachaba para recoger un pucho de cigarrillo. Un hervidero de moscas revoloteaba frente a la carnicería. Perros, muchos perros, unos perros éticos que ladraban con gran esfuerzo, seguían la ruta del escaso transeunte, o bien husmeaban en los tarros vacíos. Perros sin dueño que vagan en la desolación sin habitantes, polvorienta y pálida; perros que en el silencio de la noche alargan la angustia con los ladridos desesperados; perros flacos, que a la siesta pasan con la lengua afuera y las orejas caídas, buscando la sombra. Una mujer, casi anciana, montada en un burro, vendía sal; un enorme pan de sal, en forma de puente, colgaba de cada flanco de la bestia; un turco de bonete, con un loro al hombro, y a quien seguía por todas partes una turba de chiquillos, vendía unos alfeñiques blancos y retorcidos en forma de columna. Se escuchaban sones de campanas, perdidos allá lejos, apenas perceptibles, como si vinieran traídos por el viento caliente que secaba la piel y quemaba las hojas de los árboles.

De pronto un argentino son

(Continúa en la pág. cuatro)

(Ilustró BRAVO)

La venganza del Brahmin

Ilustró N. Seditsira

UNA noche del Carnaval del año 189..., en N., una pequeña ciudad de provincia rusa, se había perpetrado un crimen misterioso: en el Teatro Municipal durante la función de gala, fué asesinada una joven perteneciente a la alta sociedad local.

El sangriento suceso dejó pasmada a la población, que no atinaba a explicarse su móvil: la víctima no tenía enemigos. Tampoco se podía atribuir el asesinato a la codicia del criminal: todas las alhajas, de gran valor, que llevaba puestas la señora quedaron intactas.

Todas las búsquedas efectuadas por la policía resultaron infructuosas; el delincuente había desaparecido como por encanto.

Lo único que lograron sacar



Y él fakir siguió a los visitantes hasta Calcuta, tomando el mismo barco

en limpio los pesquisas fué que en el palco contiguo al que ocupaba aquella fatal noche la desdichada joven, estaba sentado un señor moreno, al parecer extranjero.

La misma noche, una amiga íntima de la difunta había recibido con un mensajero un paquetito que contenía un brillante de tamaño inusitado y pureza excepcional. Interrogado por las autoridades, el muchacho dijo que se lo había entregado un señor moreno, al parecer extranjero.

Todo el mundo se perdía en conjeturas, sin lograr aclarar el misterio de este crimen sensacional. Empero, con el correr del tiempo, la gente dejó de interesarse por el trágico acontecimiento, que terminó por caer en el olvido.

Sin embargo, aquel misterio llegó a aclararse, pasados muchos años y de la manera más inesperada.

VIAJE DE BODAS

El año pasado me casé con Natalia Krinischeva, hija de la señora que había recibido aquella memorable noche el enorme brillante (que, de paso sea dicho, le trajo mucha suerte, y el que había dejado en herencia a su hija, mi actual esposa).

Para el viaje de bodas fuimos a la India, país que siempre me atraía por sus riquezas arqueológicas: me he graduado en la Facultad de Lenguas Orientales y me dedicaba con ahinco a la arqueología.

La ciudad que más nos encantó fué Dely. Deslumbrados por sus riquezas naturales y el lujo oriental de sus negocios, nos pasábamos los días recorriendo las calles y los alrededores de la ciudad, volviendo al hotel cargados de innumerables compras.

Se sobreentiende que Natalia compraba géneros y chucherías, y yo manuscritos antiguos. Para eso tuve que ponerme en contacto con los indígenas, que, al principio, tomándome por un inglés, me miraban con desconfianza. Pero luego, al enterarse de que era ruso y me interesaba sólo por la ciencia, me trataban con más benevolencia.

Una tarde se me acercó un fakir harapiento, diciéndome en voz baja:

—Te conozco, sahib. Sé que eres un sabio pacífico y amigo de mi pueblo; que hablas nuestro idioma y no desprecias al más humilde de los hindúes. Brahma desea que las buenas acciones sean recompensadas, y, para cumplir Su Voluntad, te comunicaré algo que ha de agradarte. Te indicaré el lugar en que se guardan antiguos manuscritos, nunca vistos por los europeos, consiguiéndote el permiso de copiarlos.

—¿Dónde están? — pregunté, presa de viva alegría.

—En un pueblo apartado, en el templo de Vishnu y Lakshmi (x) — fué la respuesta.

—Si me acompañas hasta allí, pagaré bien tus servicios, — dijo.

—No necesito tu dinero, — contestó el brahmin con dignidad. — Sólo tendrás que pagar mi pasaje y la alimentación.

Acepté las condiciones y nos pusimos de acuerdo para emprender el viaje al día siguiente.

EN EL TEMPLO

Llegamos a un pueblecito abandonado, que constaba de unas cuantas humildes casuchas agrupadas alrededor de un suntuoso templo, en estado de pleno abandono.

Nuestro guía penetró en el interior del santuario, dejándonos en la entrada de éste. Al poco rato volvió diciendo que el gran sacerdote nos daba el permiso de visitar el templo.

Precedidos por el indígena, entramos en el edificio semi-arruinado. Las paredes de granito gris estaban adornadas con los bajorrelieves artísticos de mármol negro, que representaban varios mitos sobre Vishnu, el conservador de la existencia, y su esposa, Lakshmi, diosa del amor, belleza, fecundidad y dicha. En el fondo se encontraban dos enormes y hermosísimas estatuas doradas de estas divinidades, llenas de brillantes y piedras preciosas, de valor incalculable.

Deslumbrados por tamañas riquezas, las admiramos boquiabiertos.

En este momento se nos acercó un anciano, con luenga barba blanca, envuelto en una toga bordada en oro y tocado de un turbante de nivea blancura, que, después de habernos saludado con dignidad, me preguntó:

—¿Es cierto que no eres inglés y que te interesa la biblioteca de nuestro templo?

—Sí, — contesté. — Soy ruso; me dedico a las ciencias orientales y me interesan mucho sus manuscritos.

—En tal caso te los enseñaré. Veo que eres un sabio y no perteneces a la clase de nuestros opresores que comercian con los objetos sagrados. Puedes permanecer aquí todo el tiempo que te plazca.

Mientras conversaba con el anciano, Natalia seguía observando la estatua de Lakshmi. De pronto la ví sacar el brillante que había heredado de su madre (el que llevaba siempre en el cuello suspendido de una cadenita de oro) y mirarlo con atención.

—Oye, Alejandro, — exclamó luego. — ¡Qué cosa más extraña! El brillante de mamá es idéntico a los que adornan el cinturón de la diosa.

Asombrado por las palabras de mi esposa, me acerqué a ella. El brahmin me siguió y, al echar una mirada al talismán de Natalia, exclamó en ruso:

LA MANO DIVINA

—Sí, esta piedra procede del cinturón de Lakshmi. La mano divina te guió al lugar que muchos años atrás, había visitado tu madre. Eres hija de Sofía Krinischeva; ¿no es cierto?

—Sí..., balbuceó mi esposa, en el colmo del asombro. Pero... ¿cómo lo supo usted?

Una leve sonrisa se asomó a los marchitos labios del anciano.

—Has oído hablar, — prosiguió, — que la misma noche que tu madre había recibido este brillante fué asesinada su amiga.

—Sí, — murmuró Natalia, entre atónita y asustada. — ¿De... dónde lo sabe usted?

—De una manera muy simple, — respondió el interpelado. El que mató a aquella mujer y que envió la piedra a tu madre fui yo.

—¿Usted? — exclamamos simultáneamente, presas de un asombro, rayano en temor.

—Sí — afirmó el anciano con la mayor calma del mundo. — Di muerte a la mujer que ofendió a mi dios y recompensé a la que supo venerarlo.

Sus palabras, impregnadas de fanatismo, tuvieron la virtud de tranquilizarme y, al mismo tiempo, de despertar mi curiosidad.

—¿Quiere usted tener la bondad de contarnos cómo sucedió la cosa? — pregunté.

—Con el mayor gusto. Es la única hazaña de mi vida, digna de un verdadero brahmin, fiel a sus dioses.

Al cabo de un breve silencio, el anciano empezó su relato.

—Hace veintitrés años, una tarde estival, en este templo entró un grupo de europeos, en su mayor parte militares ingleses de Sajaranpur; entre ellos había unas cuantas muchachas. Los turistas invadieron el santuario, hablando a gritos y riéndose a carcajadas, mientras miraban todo con vana curiosidad. Sumamente indignado, a duras penas contenía mi cólera.

ESTABA REZANDO

De pronto mi atención fué atraída por una joven que, apartándose de los demás, se detuvo junto al pedestal de Lakshmi, mirando a la diosa con tristeza. Era una bella chica, con la abundante cabellera dorada y hermosos ojos azules, de los que caían gruesas lágrimas.

En aquel momento se le acercó otra muchacha, que le preguntó riendo:

—¿Estás rezando?

—No — replicó la primera —. Pero, siento compasión por esos dioses casi abandonados.

—¡Qué estupidez! — exclamó su amiga —. ¿Quién los necesita a estos monstruos? ¡Oh, qué feos son!...

Así diciendo la joven empezó a hacer muecas grotescas, creyendo que imitaba a los dioses.

Se me nubló la vista de la ira y me precipité hacia la sacrílega dispuesto a estrangularla. Pero, en aquel preciso momento sentí en mi hombro la presión de la mano férrea de nuestro Gran Sacerdote, que me susurró al oído:

—Toma dominio sobre ti mismo, para no atraer desgracias sobre las cabezas de tus hermanos. Ten paciencia y aguarda el día en que nuestros enemigos sufran el castigo merecido.

Entretanto los turistas se reían, por lo visto, encontrando graciosa la conducta de la atrevida joven. Sólo la rubia exclamó, indignada:

—¿No te da vergüenza de ofender a los sacerdotes de este templo?... ¿Qué dirías si alguien se hubiera portado de esta manera en nuestra iglesia?

—¡Qué comparación tonta! — replicó su amiga.

—¿Por qué? Acá del mismo modo que en nuestra tierra, la gente acude para buscar alivio a sus penas, y, por lo tanto, este templo es tan santo y digno de veneración como una iglesia.

Las palabras de la muchacha hicieron evidente impresión sobre los componentes del grupo, que guardaron silencio, y al poco rato abandonaron el santuario.

La rubia que se había quedado atrás, desprendió de su pecho un ramito de flores que depositó a las plantas de la diosa. Luego salió a su vez a paso lento.

Una vez solo, di rienda suelta a mi indignación. La sed de la venganza me abrasaba el corazón.

—He de probar a la impía, —exclamé—, que Vishnu y Lakshmi aún tienen sus defensores. Voy a dedicar toda mi vida y todas mis fuerzas a la venganza por mis dioses.

CAE EL BRILLANTE

Mientras prestaba este juramento, oí el leve ruido de un pequeño objeto caído. Mirando al suelo, distinguí el brillante que acababa de desprenderse del cinturón de la diosa. Comprendí que Lakshmi lo enviaba a la joven de cabello dorado y lo guardé con intención de entregárselo.

Comuniqué al gran sacerdote mi decisión de dedicarme a la venganza y, habiendo recibido su aprobación, me dirigí a Sajarampur, disfrazado de campesino.

Valiéndome de astucia, logré averiguar que las dos muchachas que me interesaban eran rusas y vivían en la ciudad junto con una tía de la rubia. Me enteré también de que la última se llamaba Sofía Malutina y su amiga María Kolosovska.

Permanecí un tiempo en Sajarampur, sin hallar, empero, la oportunidad de dar muerte a María. Por eso tomé la decisión de esperar hasta que emprendiese el viaje de regreso a Europa y matarla por el camino.

Seguí a las jóvenes, acompañadas por la anciana, hasta Calcuta, donde me embarqué en el mismo buque que ellas. Pero, durante la travesía, tampoco tuve la suerte de encontrar una situación oportuna para efectuar mi plan.

Llegamos a Constantinopla, donde las rusas pararon en un lujoso hotel, del centro, mientras que yo me ví obligado a alojarme en un fondín del suburbio.

Debido a esa circunstancia, no pude seguir bien la pista de las viajeras. Resultó que, un día menos pensado, aquéllas abandonaron la ciudad.

Lo único que logré averiguar fué que se dirigieron a su patria. No vacilé un instante ante la decisión de ir allí también.



Los recién casados recorrían la ciudad de Dely, y en esos paseos conocieron a algunos indígenas y a un fakir muy pobre que pronto serviríales de guía

APELLIDO COMUN

Pero me ví imposibilitado de hacerlo, por falta de medios. Escribí a mis padres, pidiéndoles dinero. Entretanto, para ganarme el pan cotidiano, trabajaba en el puerto, como jornalero.

Al cabo de tres meses recibí el dinero pedido. En este lapso aprendí a hablar un poco el turco. Habiéndome enterado de que en Rusia no se podía vivir sin el pasaporte, conseguí uno falso, por una suma módica. Con este documento me trasladé a Odesa, (puerto ruso en la costa del Mar Negro).

Sólo entonces comprendí toda la inmensa dificultad del plan que me había propuesto. Era cosa poco menos que imposible encontrar, en un país tan enorme como Rusia, a una persona, sin tener datos precisos sobre ésta. Además, era indispensable saber hablar el idioma ruso. No me quedaba, pues, más remedio que ponerme a estudiarlo.

Esta tarea me llevó dos años. Luego empecé a efectuar las averiguaciones acerca de María. En eso tropecé contra un obstáculo, casi infranqueable: resultó que el apellido Kolosovska es muy común en Rusia. ¿Cómo iba a descubrir el paradero de la persona que me interesaba, sin tener ningún indicio para ello?

POR TODA RUSIA

Resolví viajar por toda la Rusia, buscando a la muchacha hasta dar con ella.

De este modo pasaron ocho años. Por fin encontré a los padres de María. Esta se había casado y vivía en otra ciudad.

Me trasladé allí. A los pocos meses de mi residencia en el pueblo, encontré en la calle a María, en compañía de Sofía, que también estaba casada y vivía en la misma ciudad.

Me enteré de que las dos amigas pertenecían a la alta sociedad y tomaban parte en la vida social del lugar. Comprendí que no iban a faltar en la apertura de la temporada lírica en el teatro municipal, la que solía presenciar toda la aristocracia.

Valiéndome de mil artimañas averigüé el número del palco que iba a ocupar María y compré el de al lado.

Llegó la noche de la función de gala. Ubicado en el fondo de mi palco observaba a hurtadillas a la joven. Al verla abandonar su asiento, me apresuré a salir y, de pie, junto a la entrada a mi palco, acechaba mi presa.

María salió al pasillo. Acto seguido me acerqué a ella y, saludándola con suma cortesía, le dije en voz baja:

—Señora, mi esposa quiere comunicarle una cosa muy importante. ¿Quiere tener la gentileza de entrar a mi palco para hablarle?

PODER HIPNOTICO

La joven me miró con infinito asombro. En aquel momento concentré en mi mirada todo el poder hipnótico del que dispongo. Bajo la influencia de éste María me siguió sin oponer resistencia, hasta el antepalco. Acto seguido cerré la puerta y, con ambas manos, apreté la garganta de la joven con todas mis fuerzas.

Habiéndome convencido de que mi víctima dejó de respirar, la senté en el sofá, apoyada contra la pared, y salí del teatro, sin apresurarme.

Una vez en la calle, mandé con un mensajero el brillante a Sofía. Luego me dirigí a la estación del ferrocarril y abandoné la ciudad.

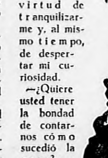
Al cabo de tres meses me encontraba de nuevo en este templo, elevando plegarias ante los dioses que acababa de vengar.

El anciano guardó silencio. Impresionados por su relato, experimentábamos un terror supersticioso ante el sombrío fanatismo del brahmin, y al mismo tiempo, un infinito asombro ante su poderosa fuerza de voluntad y su apasionada fe.

El sol se acercaba al ocaso y el templo se iba sumiendo en tinieblas. Nos parecía vivir en un mundo fantástico, regido por unas leyes sobrenaturales.

Vera Suvorova

(X) — Vishnú es la segunda personalidad de la Trinidad hindú, que representa la conservación del universo, Lakshmi es su esposa. (Nota de la traductora).





Las paredes del templo estaban ricamente adornadas con bajorrelieves artísticos, que representaban al mito del dios Vishnú. En ese momento se acercó un anciano de luenga barba blanca, envuelto en una toga bordada en oro y tocado de un turbante de nivea blancura, que después de saludar a la pareja con dignidad, preguntó al hombre: ¿Es cierto que no eres inglés y que te interesa la biblioteca y nuestro templo? El hombre respondió afirmativamente y añadió que estudiaba las ciencias orientales

Buscando Estrellas

Durante los primeros años de su vida, Chajim Selig Slonimsky, que era un gran astrónomo, tuvo que luchar frecuentemente con apuros y estrecheces, pero creyendo un día haber descubierto un nuevo astro, empezó a trabajar sin descanso para encontrar el origen y clasificación que le correspondía

Un día, malhumorada al fin su mujer, le reprochó agriamente, diciéndole si no sería más práctico para la familia dejar de mirar al cielo y emprender otro camino más lucrativo.

—Paciencia — contestó el marido — hasta que haya encontrado la estrella, porque entonces seremos ricos.

—Sí, sí — exclamó la mujer, — que te crees tú eso; te conozco bien y sé que hallarás diez astros en el cielo antes que un rublo en la tierra.

UN JUGO PURO Y FRESCO DE CARNE CRUDA

El Resultado de Pacientes y Profundos Estudios

Las afecciones del pecho y pulmonares; los estados de debilidad, convalecencia y enflaquecimiento; la dispepsia y enfermedades del estómago; la neurastenia; la anemia y la escasez de secreción láctea, se combaten eficazmente con el procedimiento que en la terapéutica moderna se conoce con el nombre de **ZOMOTERAPIA**, y que consiste en el uso de jugo de carne cruda, obtenido del muslo de vacas recién sacrificadas.

Este procedimiento curativo — cuya comprobada eficacia proviene de la riqueza en principios albuminoides que contiene el plasma muscular — tiene serios inconvenientes en su aplicación, que las Grandes Fábricas y Laboratorios Farmacéuticos Argentinos de la Droguería de la Estrella han obviado al poner al alcance de todos su excelente preparado **FLUID-CARNIS ESTRELLA**.

En efecto: El jugo muscular debe tomarse crudo, pues la cocción coagula las materias albuminoides, a la vez que destruye las diastasas y fermentos, con lo que, de hecho, quedan anuladas sus virtudes terapéuticas. Por otra parte, es difícil conservarlo fresco, en estado crudo, por la rapidez con que se descompone. Además, su sabor es poco agradable y resulta, por lo mismo, imposible tomarlo en grandes cantidades. Estas tres dificultades, amén de otras menos importantes, conspiraban contra el éxito práctico de la **ZOMOTERAPIA**, no obstante su altísimo valor teórico.

Con la preparación del **FLUID-CARNIS ESTRELLA** estas dificultades desaparecen, porque el **FLUID-CARNIS ESTRELLA** es jugo puro y fresco de carne cruda, estabilizado en frío, mediante los procedimientos técnicos de que sólo pueden disponer laboratorios farmacéuticos de la magnitud de los de la Droguería de la Estrella. Gracias a dicha estabilización en frío, se conserva infinitamente, manteniendo intactas las propiedades de la carne viva, con la ventaja de que adquiere un sabor agradable, como de licor, pudiéndose tomarlo en la cantidad que se desee o necesite, sin la más ligera repugnancia.



FLUID CARNIS ESTRELLA

No sólo como reconstituyente y tónico débese usar el **Fluid Carnis Estrella.** Lo recomiendan los médicos también por sus virtudes nutritivas. ⋆ Es el más sano alimento y el que se puede tomar con la mayor facilidad y rapidez. ⋆ Es, por lo mismo, el más indicado en esta época del año en que el calor abate y quita el apetito.

EN VENTA EN TODAS LAS FARMACIAS DEL PAIS

PREPARADO POR LAS GRANDES FABRICAS Y LABORATORIOS FARMACEUTICOS ARGENTINOS DE LA DROGUERIA LA ESTRELLA, RIVADAVIA ESQ. PARANA.— BUENOS AIRES

LA CASA PRESTADA

(VIDA PROVINCIANA)

☆ Ilustró ☆
BRAVO

(...ción de la página 1)

...panillas daba la im... de venir hacia ... Y apareció el coche ...iédico, brillante, limpio, ...capota charolada. Todos ...a ver el coche del doc... ...alajado como de fiesta. ...quella tarde se detuvo fren...

Fortunato tenía la tez pálida, era bajo y grueso, de ojos pequeños

le estaba cayendo el azogue y expelía un gargajo. Tenía un ca...

...las veía; se comprobaba esto porque se acercaba a los objetos y los apretaba como para cerciorarse de que estaban ahí. De ...ma: "Región de Mafwá, región de Mafwá, región de Mafwá". Luego, recordando sus conocimientos de inglés, repetía:

"Much adoo, about nothing".

El médico la contemplaba



En ese momento entró el cura Sixto, jorobado y flacucho, con su cigarrillo de chala. El médico le comunicó que no volvería más a atender a la enferma

...de los Ardiles, una ...rucción casi aban... ...dondo partían de ...s angustiosos y ...más escuchadas. ...s ...ensación las ... excita... ...gar el ...a lu... ...rodar ... esas ...le los ...exas... ...silen... ...quietud ... el vien... ...s ramas ...ando como ... el fino fo... ...casuarinas, dicien... ...to a la desparra... ...de ularco y con... ...n una lejana car... ...ocar contra los ...ros del pacará. ...ica sombra avan... ...caminos, tratan... ...la mísera luz de ...sebo e introdu... ...nas y viudas en los pobres cam... ...la presión que ...saban todas es... ...osas sin nom... ...se escuchaban ...angustiantes que ...e la casa de los Ar... ...tonces las mujeres de ...os se ponían a rezar. ...haban avemarías re... ...padrenuestros bar... ...ntre dientes, bendi... ...s como el agua. Mu... ...e se encerraba tem... ...sus casas y el barrio ...abandonado al año... ...Apenas si un policía ...pisaba fumando, o ...ujer ofrecía tamales ...destemplada. ...amanecer, cuando apa... ...los carritos de los ca... ...y pasaban los obreros ...cigarro pegado en los ...y las manos en los bol... ...comenzaban a chiflar ...es entre la bruma del ...casa de los Ardiles, ...barranco de la ...paulatinamen... ...ra blancura, su ...ura que suges... ...mo infantil de ...del lugar.

...llamaba don

y barba asiria. Al bajar del coche se acordó de su bastón y volvió a tomarlo.

Unos chicos desarrapados le hicieron calle y le miraron pasar con sorprendido respeto. Unas mujeres, sucias y feas, gritaban con voz aflautada llamando a sus hijos. Salió a recibirlo don Estratón Figueroa. Era el cuidador de la casa, bajo, de abdomen prominente, tenía una gran cicatriz en la mejilla. Fumaba un cigarrillo de chala y entrecerraba los ojos para eludir el humo y las chispas crepitantes del anís que él gustaba mezclar al tabaco.

—¿Cómo está la Matilde? — preguntó el médico con voz distraída y sonora.

—Sigue con su tema; cantó toda la noche. Se levantó en un descuido y quiso degollarse con un cuchillo de mesa. Después se puso a llorar; no es vida la que uno pasa.

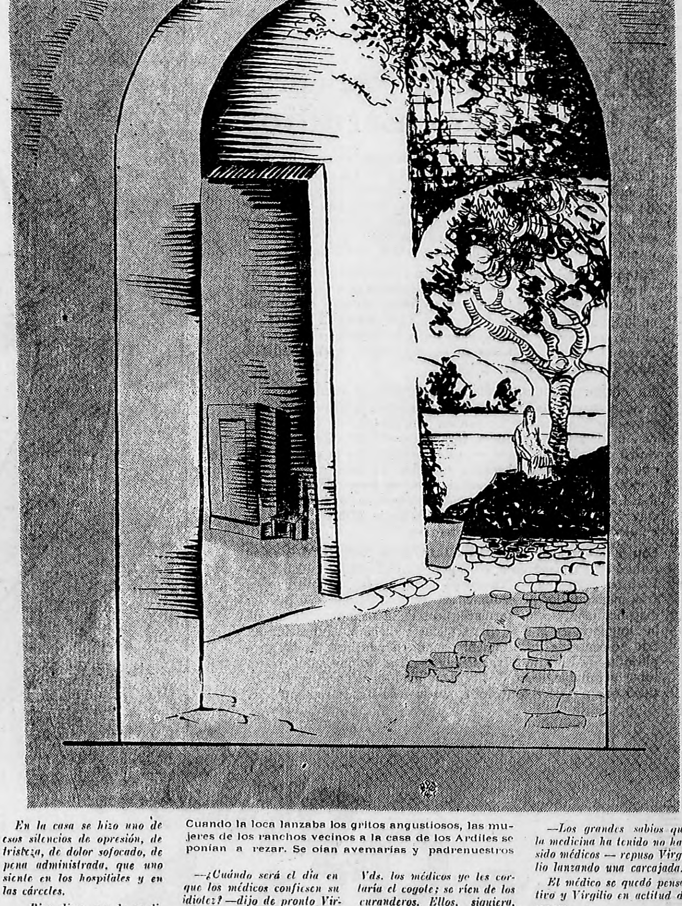
La ira parecía próxima a estallar en la mirada del médico. Don Estratón, con la cabeza gacha, dió un puntapié a un pequeño guijarro.

Hubo un momento de silencio. Y por fin el médico dijo: Entremos.

Doña Matilde era una mujer de elevada estatura; el desorden de sus ropas dejaba ver sus pechos luminosos de pálidos. Hacía varios años que había perdido la razón, le temblaban las manos, su diestra sostenía un cigarro de chala, andaba descalza y repetía indefinitivamente: "Región de Mafwá, región de Mafwá, región de Mafwá". Se advertían, a pesar del abandono de sus vestidos, los finos modales y no olvidada actitud aristocrática. Cuando se tranquilizaba, adquiría una sorprendente belleza; sus grandes ojos claros se iluminaban, sus cabellos de un blanco de marfil, el óvalo perfecto de su faz, su frente espaciosa y curva, su nariz era fina y recta. Entonces sonreía con una delicadeza infinita. Pero de pronto se exasperaba y gritaba cosas imposibles de comprender. Se levantaba; se miraba a un espejo del aparador, del cual se

riño extraordinario por los gatos y se quedaba largo rato silenciosa contemplándolos. No reconocía a nadie. Con frecuencia venían los hermanos y su madre, la miraban de lejos, gritaban su nombre y rompían a llorar. Lloraban desconsoladamente. La loca vivía en el más tremendo de los caos. Sentía que las cosas estaban y no estaban donde ella

con piedad y dijo: —Pobre, no tiene remedio, va a morir loca.



Cuando la loca lanzaba los gritos angustiosos, las mujeres de los ranchos vecinos a la casa de los Ardiles se ponían a rezar. Se oían avemarías y padrenuestros

En la casa se hizo uno de esos silencios de opresión, de tristeza, de dolor sofocado, de pena administrada, que uno siente en los hospitales y en las cárceles.

—Bien dicen que la medicina debe más prevenir que curar. No era aceptable casar a una mujer de temperamento linfático y que sufría de terrores nocturnos con un hombre violento como Nicanor; la ha enloquecido a sustos. ¿Cuándo será el médico quien diga los que pueden casarse?

—¿Cuándo será el día en que los médicos confiesen su idiotez? —dijo de pronto Virgilio, hermano de la loca, golpeando furiosamente la puerta por donde entraba. ¿Cuándo has sabido algo tú? ¿Qué sabes cuál es la causa de la locura de Matilde? Te lo vamos a decir... para que mañana lo sepa todo Tucumán. Yo no sé para qué vienes todas las tardes. Con mirar no se saca nada. A Vds. los médicos yo les cortaría el cogote; se ríen de los curanderos. Ellos, siquiera, dan esperanzas. Vds. sí que curan con palabras, no ellos; con decir una palabra difícil en griego creen haber salvado de la muerte a una pobre persona. Claro que curan un resfrío, pero un resfrío se cura solo. Les da por explicar todo o por no explicar nada. ¿Cuándo se acabará con toda esta farsa? — Y su voz hizo temblar el aire.

Una negra alta y robusta vino a llevarse a la loca.

—No es prudente lo que haces, Virgilio; cada vez te exasperas más. De mi conducta nadie puede reprocharme — observó el médico en tono conciliador.

—Está bien, tienes razón, discúlpame — respondió Virgilio serenándose completamente. — Pero es que Vds juegan al diagnóstico como otros juegan a la taba. Yo no pude soportar el estudio de la clínica médica; me pareció todo eso una farsa sin nombre.

—La clínica no es una farsa; es una ciencia y un arte — repuso el doctor Fortunato — quien aceptó la discusión en el tono que se la planteara Virgilio.

—Pero, es que yo no creo en las cosas que son a la vez arte y ciencia. O es ciencia o es arte...Se puede pretender que todos los médicos sean sabios? Los médicos, cuando más, no pasan del placer de diagnosticar. Algunos han suplido su ignorancia con abnegación y entonces se han convertido en verdaderos enfermeros.

—Pero — advirtió el doctor — la ciencia médica ha dado grandes benefactores a la humanidad.

—Los grandes sabios que la medicina ha tenido no han sido médicos — repuso Virgilio lanzando una carcajada.

El médico se quedó pensativo y Virgilio en actitud de espera.

—Eres un hombre culto — observó el médico — te deberían nombrar diputado.

—Tendré que apurarme, porque han empezado a dejar de lado a los mejores. — Y sonrió levemente.

Se hizo un silencio largo y un poco penoso; se advirtió que aquellos espíritus habían regresado a idéntica preocupación.

—Es posible que Matilde no tenga cura; si estuviera equivocado el especialista que la vió esta mañana.

—Es lo mejor que hay en Buenos Aires; por eso aconsejé que lo trajeran a él.

—¿Qué es lo que quisiste decirme hace un momento, cuando te referiste a las causas de la locura de Matilde?

—Nada, dije eso por decir algo.

—Ustedes me ocultan algo que a lo mejor sería de gran utilidad para el diagnóstico.

—El diagnóstico, el diagnóstico; ¿acaso diagnosticar es curar?

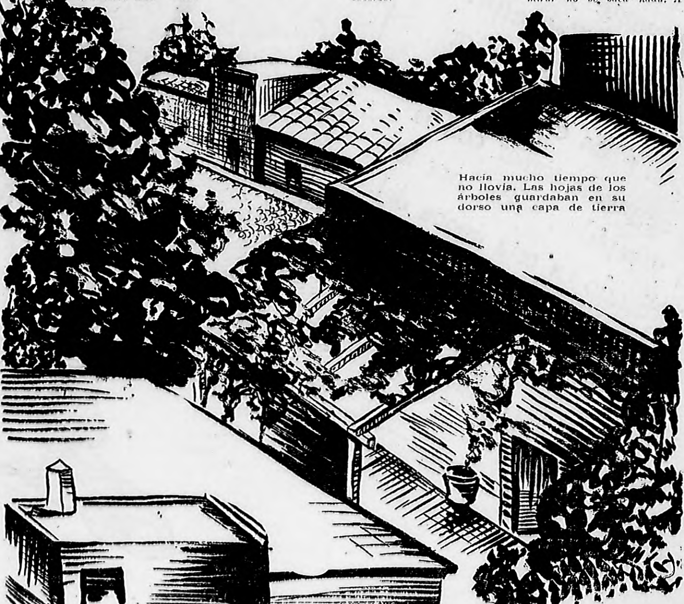
—A vos te han hecho mal los pocos años de Facultad.

—No sé si me habrán hecho mal, pero a Vds. los ha embrutecido el título.

El médico se incorporó asiendo fuertemente el bastón. Virgilio no hizo un sólo ademán y se mantuvo tranquilo en la silla.

En ese momento entró el cura Sixto, jorobado y flacucho, con su cigarrillo de chala.

—Vea padre, diga a los de esta casa que yo no vuelvo más a ella, y que me vayan a preguntar por qué.



Hacía mucho tiempo que no llovía. Las hojas de los árboles guardaban en su dorso una capa de tierra

Pablo Rojas Paz

Crímenes y Asaltos Descubiertos por la Ciencia de los PINKERTON

Dos Grandes Ladronas Yanquis: Sophia Lyon y May Churchill. La Primera Escápase de Sing-Sing y la Otra Roba y Engaña a un Miembro de la Familia Real. El Extraño Amor del Famoso Asaltante Guerin, un Escapado de la Isla del Diablo

SIN duda alguna, una de las mujeres criminales más descollantes que cayeron en las manos de William A. Pinkerton fué Sophie Lyons. También fué notable por el hecho de que, bajo la influencia de Pinkerton, llegó a reformarse. Pueden recorrerse los anales de la policía de todo el mundo durante los últimos quince años de su vida y no se encontrará su nombre. Sin embargo, en un tiempo fué una diestra malhechora. Sophie murió a la edad de setenta y tres años, en Detroit.

A pesar de su señalado éxito como chantagista y otras artes, la creencia de "El Ojo" de que era una "rareza" fué la excep-



UNA MARQUESA GENEROSA

La hermosa Marquesa de Curzon, en cuya generosidad hizo presa el estafador Goldstein. Ella le prestó 50.000 dóllars. El desapareció. Pinkerton lo desenmascaró

JEFE DE BANDIDOS

Eddie Guerin, famoso estafador, en un tiempo poderoso, que hoy es un pobre fantasma de lo que era. Su evasión de la Isla del Diablo, con todos sus horrores, es una pieza clásica en los anales del crimen

Arriba: EL NEMESIS DE LOS INTELIGENTES MALHECHORES

William A. Pinkerton, "El Ojo", cuyo lamentable fallecimiento hace unos pocos años, produjo un gozo inefable a los malhechores. Hoy se detallan algunos de sus encuentros con mujeres criminales

* ☆ *

Abajo: OTRA FAMOSA ESTAFADORA DE GRANDES TIENDAS

Margaret Teal Puddleford, acusada muchas veces de estafar a hoteles, joyerías y peleterías, no pagándoles las cuentas que les debía. Se la ha llamado "la moderna Sophie Lyons" cuya fotografía también se reproduce en esta última página



DETRAS DE LA CARETA

"Sophie se robó una invitación al baile y tenía un disfraz preparado. Mezclándose con la concurrencia, sus dedos hicieron una buena cosecha de piedras preciosas. Pero cuando se dirigió a la ropería para pedir su tapado, los detectives le pidieron que les entregara el botín y quedó descubierta. Se llamó a los policías, se la registró, se descubrieron las joyas y después fué condenada a Sing Sing". De una pintura hecha especialmente para esta página, por el pintor Luis Biedemann especialista en estos dibujos

REINA DEL HAMPA

"Chicago May" Churchill. Los autores relatan hoy algunas de sus hazañas. Primera fotografía de May, cuando era una ratera casi desconocida

UNA JOVEN Y DIESTRA SABLISTA DE LARGA FAMA

La hermosa Cynthia Teal, hija adoptiva de la señora Paddleford, quien actuó con élla como un "Fagín" femenino, iniciando a la muchacha en los misterios de defraudar a los hombres de sociedad. Cynthia se reformó y desapareció

LA VAGANCIA INFANTIL EN LA GRAN NUEVA YORK

(De un viejo grabado). Cuando se formó la Agencia Pinkerton, andaban sueltos como 30.000 de estos pequeños vagabundos

* ☆ *

UNA DELINCUENTE MODERNA

Vivian Gordon, tentadora de hermosos cabellos y "demimondaine" característica. Fué estrangulada y arrojada al camino desde un automóvil, cerca de Nueva York, en 1931. Su vida tiene un notable paralelo con la de Sophie Lyons y sus colegas. Muchos detectives están seguros de que si viviera Billy Pinkerton, habría podido descubrir el misterio del asesinato de Vivian.



UNA VICTIMA

El finado senador William A. Clark, de Wyoming. El notorio malhechor Goldstein, explotó durante un tiempo la credulidad del legislador; pero fué, por fin, desenmascarado y arrojado a la calle y a la prisión

ción que confirmó la regla. "Las mujeres", acostumbraba decir, entre chupada y chupada de su cigarro, "son un engaño en lo que toca al crimen. Hay tres atributos criminales que ellas no poseen y que son esenciales para que un crimen pueda tener éxito. En primer lugar, no saben ser crueles. Segundo, su poca habilidad para ser leales. Los celos y las suspicacias siempre se andan poniendo en su camino. Y tercero, la vanidad femenina. Después de haber llevado a cabo una depredación, el ladrón masculino se contenta con seguir viviendo como antes. La mujer, el eslavo real perpetuo, tiene que ser y comprarse una cantidad de trajes y de joyas. Así llama la atención proclamando una riqueza repentina y se despiertan las sospechas".

Volviendo a Sophie Lyons, encontramos su carrera salpicada de hechos sensacionales. Nació en 1847 y su verdadero nombre era Sophie Levy; pero fué bajo el nombre de Sophie Elkins que conoció y se casó con Ned Lyon justamente después de la Guerra Civil. Durante los treinta años de su vida de casada, ella y él estuvieron asociados con individuos tan famosos como Adam Worth, quien se robó el cuadro "La Duquesa de Devonshire" Max Schoenbein, Jimmy Hope y George Bliss. Pero cuando más brilló fué como "ayudante de campo" de "Marm" Mandelbaum.

La Mandelbaum era verdaderamente una criatura extraordinaria en cualquier era. Se alababa de que desde su pequeño cuarto de la calle Clinton, en Nueva York, podía disponer con seguridad de cualquier clase de botín. Diamantes, sedas, lanas y hasta (¡locomotoras!) robados fueron vendidos por ella con toda impunidad, dando como resultado el que muriera millonaria. Era especialmente diestra en enseñar el arte de ser pick-pocket. En esta rama, Sophie era su discípula favorita. Es muy significativo de la inteligencia y del poder de la Mandelbaum — y también de la protección policial que se procuraba con su dinero — el hecho de que no hubiera sido nunca arrestada y ni siquiera interrogada.

AUDAZ LADRON

Sophie Lyons parece que probó lo contrario de lo aseverado por Pinkerton acerca de que las mujeres no son los mejores malhechores. Pero un solo caso de su historia aventurera demuestra la verdad de la aseveración de Pinkerton. Fué en el año 1895 cuando se proyectaba un gran baile de máscaras en el Hotel Astor. Sophie Lyons tuvo conocimiento de que las damas lucirían esa noche joyas que sumarían un precio fabuloso. De acuerdo con esto, se robó una invitación y tenía un disfraz preparado. Mezclándose fácilmente con los asistentes, sus hábiles dedos hicieron una rica cosecha de piedras preciosas. Cuando hubo acumulado aproximadamente $ 20.000 en joyas se



dió por satisfecha y se preparó para marcharse. Pero cuando se acercó a la ropería para pedir su tapado y se le pidió que entregara la contraseña que se le había dado al entregarlo, descubrió, alarmada, que la había perdido. En este momento fué cuando, inadvertidamente, enseñó su mano. En lugar de tratar de ganarse la buena voluntad de la muchacha encargada del guardarropía, persuadiéndola así a entregarle el tapado, le dió un acceso de ira.

El resultado inmediato fué que se llamara a los detectives del hotel. Uno de estos detectives reconoció en la hermosa Sophie a una de las protegidas de "Marm" Mandelbaum. Sophie fué registrada inmediatamente, se le descubrieron las joyas robadas y se la condenó a pasar cinco años en Sing Sing.

Ned Lyons había deplorado siempre la independencia de espíritu, la determinación de su esposa y su afán de trabajar sola. El prefería que trabajara sólo como subsidiaria suya. Cuando su esposa se encontró tras las rejas de la prisión, hizo todos los esfuerzos imaginarios para obtener su libertad; pero todo fué en vano.

Lyons anunció abiertamente a sus colegas que sacaría a Sophie de la cárcel, "aunque tenga que caer yo preso para poder hacerlo". Dos meses después, Jimmy Hope, George Bliss y él asaltaron un banco en Waterford, Nueva York, y se robaron 200.000 dólares. Pasó una semana. Lyons fué aprehendido y dejó atónitas a las autoridades, declarándose culpable. Fué condenado a Sing Sing. Después de haber servido sólo cuatro meses, se escapó en circunstancias que todavía no han sido explicadas. Una quincena más tarde, Lyons, que se había familiarizado con la rutina de Sing Sing, mientras se encontraba preso, llamó a la puerta de la Sección de Mujeres de la famosa penitenciaría. Estaba disfrazado e iba acompañado por un amigo que llevaba una canasta de fruta, ostensiblemente para una "presa enferma". Empezaba a oscurecer. Mientras la portera les abría, Sophie, que se encontraba detrás de ella, la empujó a un lado, salió y montó apresuradamente en un coche que esperaba a la entrada y que se alejó rápidamente, manejado por su marido. Sophie había recibido aviso previo del complot.

Para reforzar su aseveración de que las mujeres criminales no deben trabajar por su propia cuenta, Lyons golpeó a Sophie sin consideración. Debido a esas atenciones, ella estuvo dos semanas en cama. En seguida, ese par de joyas se dirigió al Canadá, pues ya no podían seguir viviendo en los Estados Unidos. Se perdieron de vista por cuatro años. Pero cuando Lyons cayó preso nuevamente, Sophie se dirigió a París. Allí se transformó en "Madame de Varney" y se dedicó a innumerables raterías. Los gendarmes tuvieron la impertinencia de citarla para someterla a un interrogatorio; pero el aire de gran señora de Madame era tan imponente que pronto se deshicieron en explicaciones y la dejaron ir.

Sophie robaba de varias maneras. Una de las más provechosas fué comprar el consultorio de un médico de reputación. Entonces uno de sus confederados asumió el papel de doctor. Sus visitas a los pacientes ricos le permitían introducirse en las grandes residencias y trazar sus planes para los futuros robos.

El cambio fenomenal en la moral de Sophie puede atribuirse directamente a Billy Pinkerton. Después de haber anunciado su reforma — era muy hábil para darse publicidad — "El Ojo" destacó a cinco de sus principales agentes para que comprobaran todo lo que ganaba Sophie y cómo lo ganaba. Después de un año de estricta vigilancia, Pinkerton envió a Sophie una cuenta detallada, mostrándole que tenía conocimiento de cada dólar adquirido por ella. Con el detalle le previno claramente que si continuaba su sistema "a una edad en que ya debía interrumpir sus operaciones", se le aproximaba el desastre. La respuesta de Sophie fué sorprendente. Se dirigió a Detroit, abrió una oficina de compraventa de tierras y "por medios estrictamente legítimos", en un año se ganó medio millón de dólares. Se retiró a la vida privada, en una tranquila residencia, después de haber informado a Pinkerton de su reforma completa.

ROMANCE EXTRAÑO

"Chicago May" Churchill tal vez no fué una figura tan fascinante, enigmática y paradójica. Sin embargo, los años que empleó en el crimen y su extraño romance con el bandido Eddie Guerin, hacen interesante la lectura de los archivos de Pinkerton. "Podría haber llegado a ser una bandida prominente", acostumbraba decir Billy Pinkerton, "si no hubiera sido porque confirmó todas las características de su sexo. Era como una locomotora acercándose al cruce, anunciándose bulliciosamente con pito y campana".

May empezó como ladrona de tiendas en Chicago. Había nacido en Irlanda; pero siendo todavía una criatura hurtó dinero a sus padres y huyó a Nebraska. Ahí conoció a un ladrón de ganado y se casó con él. Churchill, que era el nombre de su esposo, fué ahorcado por algunos robos de ganado y la inconsolable viuda se dedicó a ratera y otras actividades similares. "Sus encantos físicos excedían a su inteligencia", era el comentario de Pinkerton sobre ella.

Los anales de Pinkerton demuestran que después de varias escaramuzas con la policía, May cometió un grave error. Suministró un narcótico a un hombre de Chicago para hacerlo dormir. Desgraciadamente para ella, se trataba de una persona prominente y de mucha influencia. El clamor fué muy grande. May partió apresuradamente para Nueva York, en donde su talento especial encontró un campo aun más rico. Se vió envuelta en una riña con otra mujer en el vicioso barrio de los cinco puntos y resultó con la nariz quebrada. A fin de que su belleza no sufriera menoscabo, se dirigió a París. En la "Ciudad Luz" arrastró al matrimonio a uno de los más respetables millonarios americanos, haciéndose pasar como "condesa". Cuando el esposo engañado descubrió su verdadera identidad, se mató de un tiro.

Pero los dones de May brillaron con mayor intensidad en los bajos fondos de Londres. Se hizo amiga de muchos jóvenes de vida fácil y acomodada; pero entonces ya era tan importante que no podía recurrir a un trabajo tan rudo como el hidrato de cloro. En vez de eso, echó mano del chantage. Un diario publicó acerca de ella lo siguiente: Sus fascinaciones han hecho víctimas suyas a un conde, un lord, varios abogados muy astutos y hasta a un miembro de la familia real".

DE GUANTE BLANCO

Después conoció a Guerin, jefe de una banda internacional de ladrones de bancos. Era una banda de "guante blanco". Estos ladrones de guante blanco habían cometido un grave error. En los Estados Unidos habían robado a bancos protegidos por la Agencia Pinkerton. Por eso habían tenido que huír al extranjero. Bajo el estímulo casi hipnótico de la personalidad de May, Guerin, Dutch Gus Miller y Kid McManus robaron 50.000 dólares a la American Express Company de París. Los detectives de Pinkerton apresaron a Guerin y a Miller en un tren que se dirigía al extranjero. May y McManus se escaparon. Sus colegas fueron enviados a la Isla del Diablo por toda la vida.

Después de la evasión de Guerin de la Isla del Diablo, él y May dieron versiones divergentes de ese casi milagro. La historia de ella fué que había vendido valientemente sus joyas e hizo fondear a un yacht frente a la costa de la Guayana Francesa. Sobornando a los guardias habría conseguido hacer que se evadiera su amante. Guerin alegó que había planeado su evasión aún antes de que hubiera terminado su proceso y que había desarrollado la evasión él solo. Agregó con una chocante falta de galantería, que May, en ese tiempo, estaba tan ocupada haciendo de vampiresa con un millonario jugador, el famoso Pat Sheedy, que ya se había olvidado de Eddie. Las noticias de los diarios de ese tiempo representan al intrépido Guerin nadando hacia la libertad con un pato vivo sobre la cabeza como camouflage.

May empezó a ser vista en Londres con Charlie Smith, el ladrón de bancos americano. Un día se encontraron con Guerin. A pesar de todo, es obvio que éste era todavía capaz de sentir celos. Sacó su revólver; pero Smith fué más rápido y le alojó un balazo en el estómago. Parece que Gran Bretaña no transige con esta clase de asuntos, pues Smith fué condenado a tres años de prisión y May a diez años, después de los cuales fué deportada. Guerin mejoró de su herida. Hace pocos años, Chicago May murió. Su amante, el evadido de la Isla del Diablo, todavía vive, convertido en una ruina humana. A veces aparece en las noticias de los diarios, comprometido en alguna ratería.

ARTISTA DEL ROBO

La única mujer que "El Ojo" reputó ser una verdadera artista en su ramo, fué — y es — la esposa de un noble francés. En el año 1890 era una muchachita de Menominee, Michigan, Estados Unidos. Durante la Feria Mundial — tenía entonces quince años — esta muchacha huyó de su hogar para dirigirse a Chicago, en donde se paseaba vestida con un traje que le regaló un viajante de comercio. De Chicago se fué a San Francisco. Una vez fué arrestada en la costa de Berbería, en donde estaba viviendo con un noble inglés. Después se desvaneció en dirección a los países orientales y Pinkerton no volvió a oír hablar de ella. Su interés en este "caso" había sido puramente el de ur... diante...

Mientras Billy viajaba alrededor del mundo poco antes de la guerra, se encontró en Hong-kong con un acaudalado amigo americano, quien tenía una sensacional historia que contar. K....., un hombre de muy buena familia, estaba proyectando contraer matrimonio con una mujer radiante, hoy la esposa desgraciada de un noble extranjero. La esposa estaba contemplando el divorcio. Detestaba la manera oriental de tratar a la mujer. No le gustaba ser considerada como un bien raíz. Cuando se le hubo enseñado la fotografía de la mujer, Pinkerton tuvo destellos de memorias de otros tiempos; pero la persona no se materializaba enteramente.

Eventualmente fué presentado a la exquisita rubia por el hombre que estaba enamorado de ella. Con toda sangre fría, ella hizo bromas a Pinkerton por no haber podido reconocerla. Pinkerton estaba picado. Puso en movimiento todos los recursos de su agencia para tratar de identificarla. Y finalmente tuvo éxito. Era la misma muchacha que, después de huír de su hogar en Menominee para dirigirse a Chicago, marchó luego al Oeste. Pinkerton estableció, también que ella tenía numerosos admiradores, tanto antes como después de casada. No obstante, no había indicación alguna de lo que se llama "inmoralidad" de parte suya.

LEAL A SU AMANTE

Sin embargo, ella había estado comprometida en delitos de menor cuantía, como ventas ficticias de terrenos, contrabando de diamantes y tráfico de narcóticos. Por medio de estas manipulaciones había acumulado más de medio millón de dólares en el tiempo en que el amigo de Pinkerton trataba de hacerla su ... Pinkerton se encontró ... situación difícil. Deseaba ... frustrar el matrimonio; pero se dió cuenta de que sus revelaciones serían un golpe muy rudo para el novio, que estaba locamente enamorado de ella.

Con toda calma puso delante de K..... la historia documentada de la mujer. El hombre quedó aturdido. La mujer estaba furiosa. En esos mismos días, K..... recibió una notificación de su aristocrática familia en el sentido de que si llevaba a cabo una alianza semejante, sería automáticamente desheredado. El fué leal a su amante; pero notó que el ardor de ella se había enfriado, casi había desaparecido. Pocas semanas después, K..... murió, accidentalmente, según el médico legista. Billy fué de opinión que se había suicidado.

En los alrededores de la ciudad de Nueva York fué encontrado el cadáver de Vivian Gordon. Había estado mezclada en muchas combinaciones delictuosas y pocos días antes de su muerte había escrito una carta a las autoridades ofreciendo darles informaciones en relación con las investigaciones por corrupción municipal.

La primera teoría fué que había sido muerta para taparle la boca; pero el desarrollo de las investigaciones reveló que el robo había sido la causa del crimen. Se sospechó de muchos individuos del hampa. Dos hombres fueron arrestados; pero después fueron exonerados y puestos en libertad.

La muerte de William A. Pinkerton no ha debilitado a la grande y poderosa agencia que fundó su padre. Pero no puede negarse que con su fallecimiento se ha desvanecido algo el pintoresco encanto que él ponía en todas sus actividades.

Temido de los criminales, adorado por sus amigos y asociados, respetado por la policía oficial de una docena de países, la memoria de este genio auste... alegr... se bor... tan pr...

F I N



AUSTIN O'MALLEY Y KENT A. HUNTER

EXCLUSIVO PARA "JORNADA" EN LA REPUBLICA ARGENTINA Y TODOS LOS PAISES DE LA A. DEL SUD

Untisal

Sin dolores ni durezas, frescos y como nuevos quedarán sus piés después de una fricción con UNTISAL.

El UNTISAL los deshincha al minuto de haberse dado una suave fricción, quitando al mismo tiempo cualquier mal olor que haya producido la excesiva transpiracion.



La actividad circulatoria que el Untisal comunica al cuerpo unida a su poder desinfectante y desodorante hacen de él el gran corrector de la transpiración excesiva.

FRASCO GRANDE

$ 6.=

FRASCO MEDIANO

$ 1.80

UNTISAL quita los malos olores.

COLOR HISTORIETAS



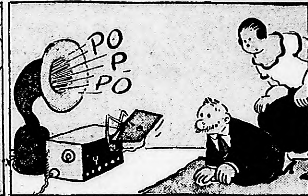
COLOR PARA NIÑOS

Página 1 Magazine Cómico de JORNADA en Multicolor No. 20 Diciembre 12 de 1931



















LOS LIOS DE DEDALITO Y SPAGUETTI

por SEGAR













































Una pandilla de granujas

Ilustró PREMIANI

MICHEL GOLD



América es tan rica y tan opulenta porque se ha comido la tragedia de millones de emigrantes, de todas las razas, de todos los pueblos del mundo, que llegaron ansiosos de bienestar

LA primera vez que admiré a Nigger fué en la escuela, cuando yo era un novato. Le dió un puñetazo a la maestra en la nariz.

La escuela es una cárcel para los chicos. El crimen de uno es la juventud, y por esto le castigan los carceleros. Al principio yo odiaba la escuela; echaba de menos la calle. Me ponia nervioso estar sentado en una habitación, muy tieso, mientras el otoño resplandecia en Nueva York.

Siempre estaba en ascuas. La maestra, una solterona gorda (250 libras de peso), con anteojos y andares de herniada, era mi enemiga.

Se escandalizó de una palabrota que yo, bellaco de seis años, usé cierto dia. Me lavó la boca con jabón de lejia. Me sometí. Me tuvo de pie en un rincón el dia entero para que sirviera de escarmiento a una clase de cincuenta chicos asustados.

Comer jabón es desagradable. Pero mis padres protestaron porque el jabón está hecho de sebo cristiano, no es *kosher*. También me habia forzado a comer cerdo, un crimen contra la ley mosaica. Se quejaron a la directora.

¡Oh, irritable solterona; oh, almidonada maestra; oh, déspota, rigida y estúpida; oh, vaca sin leche, ni becerro, ni toro, era una tortura para ti enseñar en un vecindario judio!

Yo no sabia inglés cuando me pusieron en tus manos. Era un pequeño salvaje, amigo de corretear por las calles. No usaba cepillo de dientes. Dormía en calzoncillos, y, probablemente, tenia piojos. Estar sentado en un banco me ponia nervioso, mi cuerpo odiaba los ataúdes. Pero, ¡oh, maestra de pequeños esclavos; oh, herniada virgen americana de cincuenta y cinco años, tú no debiste haberme llamado "kike"!

Nigger te pegó un puñetazo en la nariz por eso. Yo debi haber sido tan valiente como él. Era de justicia.

UN PUEBLO RARO

Los moralizadores del Ku Klux dicen que el sistema de bandidaje no es americano. Dicen que fué traido aquí por los emigrantes europeos de "clase baja". ¡Qué tonteria! Nunca hubo bandidos en Europa. Los judíos eran allí un grupo tímido y estudioso. Los judíos no han matado a nadie desde la caída de Jerusalén. Por eso los cristianos, que aman el asesinato, nos han llamado el "pueblo raro". Pero es América la que ha enseñado a los hijos de los sastres judíos tuberculosos a matar.

Nigger era un muchacho varonil, el mejor *pitcher*, el mejor boxeador y el mejor jugador de dados de nuestra pandilla. Era Jorge Wáshington cuando nuestro ejército aniquilaba a los soldados ingleses. El montaba los potros salvajes, y era el que mataba más búfalos entre las casas de vecindad. El arrancaba el cuero cabelludo a los indios, y era nuestro general en la guerra.

Algunos de la pandilla se han hecho célebres. Al Levy, que entre nosotros era conocido simplemente por el "Apestoso", gana ahora mucho dinero escribiendo operetas.

Abe Sugarman es director de películas. Se ha convertido, además, en un noble español. El nombre que usa en Hollywood es Arturo de Saar, nada menos.

Lew Moses no juega ya a los dados, pero sí a la bolsa. Especula con rascacielos.

Otros de los muchachos son más modestos actores. Jake Gottlieb tiene un taxi, y da de comer a sus tres chicos todos los dias. Harry Weintraub es cortador en una sasteria. Otros han muerto.

Siempre habia algo que ver para los chicos en el enorme circo gratis del East Side. Siempre un entierro, un tumulto, una pelea entre dos comadres gordas o un accidente o una boda. Todos los dias explorábamos las calles, vagábamos por aquel fantástico sueño de un millón de judíos.

Nuestra pandilla jugaba a todos los juegos universales, al marro, a las justicias y ladrones, al paso. Como los niños de Africa y del Perú, nosotros seguíamos religiosamente las temporadas de cometas, trompos y bolas.

JUGAR AL ROBO

Uno de los juegos más divertidos fué inventado por Nigger. Era el juego de robar. Nigger, por correr más que ninguno de nosotros, era el que se acercaba a las carretillas y robaba descaradamente una fruta. El vendedor ultrajado, claró está, le perseguía, lo cual era para nosotros la señal de coger más fruta y echar a correr en dirección opuesta.

Con un penique uno podia comprarse muchas cosas: una salchicha, una taza de chocolate o una de las treinta variedades de caramelos envenenados. Rajas de sandía, manzanas y exquisitos manjares europeos, como *kalvah* turco y *lakoom, liver knishes*, semillas de girasol ruso, pasteles rumanos, tomates en vinagre. Por un *nickel* daban cinco de estas golosinas callejeras que producen sorprendentes pesadillas judías.

En verano abriamos la boca de riego y chapoteábamos en el agua con ropas, zapatos y todo. O nos tirábamos a nadar desde los muelles. El East River, donde nos bañábamos, era una alcantarilla abierta, llena de petróleo y de basura. Debía ser subterránea. Hedía a muerte. Muchas veces mientras nadaba, tuve que apartar de mi cara perros muertos hinchados y hortalizas podridas. En nuestro grupo era considerada como una gracia el tirar inmundicias a otro chico cuando estaba nadando.

¡Qué manera más puerca de limpiarse! Pero el sol brillaba; los remolcadores pasaban resoplando como bulldogs, y los barcos de carga, con sus pálidos fogoneros colgados de las batayolas; el rio fluía y brillaba; el cielo estaba azul, y esto era vivir.

Nigger nos enseñó a nadar. Su método era tirar a un chico desde lo alto del muelle. Si el chico flotaba, enhorabuena. Si se hundía y pedía auxilio, Nigger se echaba a reir y lo sacaba.

Jack Korbin murió así, yo estuve a punto de ahogarme también.

DESNUDOS Y LIBRES

Pero esta era vivir. Estábamos desnudos, libres y chiflados de juventud. Cualquier cosa hecha al sol es buena. El sol, el viejo y alegre sol que es el papá de todos, miraba tan afectuosamente a sus pequeños canallas judíos como a sus sifilíticos millonarios de Palm Beach, estoy seguro.

Y ahora otro rasgo de nosotros los chicos: nuestra hambre de campo.

Nueva York es un sueño del diablo, la ciudad más urbanizada del mundo. Todo es geometría, ángulos y piedra. Es una ciudad mítica, una ciudad enterrada por un volcán. No se encuentra en ella ni hierba, ni árboles grandes, ni flores, ni pájaros, salvo los pardos y lascivos gorriones; ni barro, ni marga, ni tierra: tierra fresca para oler, tierra para andar, para revolcarse y para amarla como a una mujer.

Sólo piedra. Son las ruinas de Pompeya, sólo que siete millones de animales ebrios de amor a la tierra tienen que vivir en estas calles de lava.

Cada semana en la escuela pública se dedicaba una hora a estudiar la Naturaleza. La maestra solterona sacaba de un armario oscuro una colección de objetos banales: nidos, mazorcas de maíz, minerales, hojas secas y otros pobres cadáveres. Sobre ellos disertaba tediosamente, y nos invitaba a admirar la Naturaleza.

¡Qué insulto! Nosotros nos retorciamos en los bancos rabiando por salir al aire libre. Aquéllo era como si a un mangante hambriento le prestaran instantáneas de alimentos y esperaran verle agradecido. Era como hablar a una jaula de monos de las delicias de la selva.

—¡Señorita, deme una flor! ¡Deme una flor! ¡A mí, a mí, a mí!

En verano, si una de esas señoras caritativas que se dedican a visitar los barrios bajos pasaba por nuestra calle con flores en la mano, la asediábamos pidiéndole que nos diese una. Nos alborotábamos, gritábamos, le tirábamos de la falda y la mareábamos hasta asustarla.

Una vez, Jake Gottlieb y yo descubrimos unas briznas de hierba entre las grietas de la acera, cerca de la cochera. Nos quedamos asombrados del milagro. Custodiamos aquel tesoro, no permitiendo a nadie que lo pisara. Los de la pandilla venían cada hora a estudiar "nuestra hierba" para ver si crecía. Murió, como era de esperar, a los pocos días; solamente los chicos éramos lo bastante resistentes para crecer en el East Side.

Los italianos cultivaban geranios rojos y rosados en latas de tomate. Los judíos podían haberlo hecho también, pero les faltaba el humor. Cuando empezaban con las excavaciones para construir una nueva casa de vecindad, se veía por allí a los italianos llenando sus tiestos de tierra fresca. Algunos de ellos cultivaban judías y dondiegos.

UNA MARIPOSA BLANCA

América es tan rica y tan opulenta porque se ha comido la tragedia de millones de emigrantes.

Para comprender esto sería necesario haber visto al anochecer, después de trabajar todo el día, a uno de nuestros emigrantes, italianos de pico y pala, regando su lata de amadas flores. Cetrino labrador, hijo de treinta generaciones de labradores, con su camiseta sudada, en la ventana de una casa de vecindad, sintiendo la poesía perdida. ¡Arrancado de su terruño! ¡Perdido! ¡Traicionado!

Cierto día, una mariposa blanca apareció por milagro en nuestra calle. Nosotros la perseguimos, y Joey Cohen la cazó con su gorra. Pero, cuando levantó la gorra, la mariposa estaba muerta. Joey, a causa de esto, estuvo triste varios días.

NARIZ APLASTADA

Volvamos a Nigger.

Era fornido, sólido, cuadrado. Tenía la potencia de un remolcador. Sus ojos, aun en aquel entonces, tenían el desdeñoso mirar del criminal y del genio. Había nacido con la nariz aplastada, y esto, unido a su pelo negro y a su tez oscura, hizo inevitable su apodo: "Nigger", el Negrito.

Era audaz, indómito como un gitanillo. Siempre estaba en movimiento, planeando travesuras. Era desconfiado como un gato, pronto a esquivar cualquier puntapié imprevisto de su enemigo, el mundo. El East Side engendra esta cautela. Los boxeadores del East Side han sido siempre del tipo relámpago, aprenden a moverse rápidos esquivando a los guardias y a los tranvías.

El East Side, para los chicos, era un mundo sumergido en continua guerra. Entrar en la calle de al lado era suicidarse. Cada manzana de casas constituía una nación aparte, y cuando aparecía un chico extranjero, los patriotas se amotinaban.

—¿De qué calle? — se le preguntaba furiosamente.

—De Chrystie Street — respondía el otro temblando.

¡Pim! ¡Pam! Esta era la señal para caer en masa sobre el desgraciado extranjero con palos, piedras, puños y pies. La paliza era cruel y sangrienta, como entre personas mayores, y no se tenía piedad. A mí me han descalabrado tres veces y he salido muchas con un ojo negro y los labios hinchados de las guerras callejeras. Nosotros a ellos y ellos a nosotros, siempre andábamos zurrándonos. Todo por patriotismo, aunque qué diferencia había entre una calle del East Side y otra es ahora difícil de comprender. Cada una de ellas era la misma fantasía teosófica de casas de vecindad, enormes viviendas, demonios, sombreros viejos, judíos, vendedores ambulantes, ángeles, olor a orines, sombras, colchones y plátanos. Las mismas calles de lava gris.

Uno tenía que unirse a una en defensa propia y había que ser leal y valiente. Hasta yo, chiquillo raro y meditabumdo, era valiente.

Joey Cohen, un muchacho soñador, que usaba lentes, era valiente. Stinker se las daba de valiente; y Jake Gottlieb era valiente, y Abie, Izzy, Fat, Maxie, Pishteppel, Harry, eran todos indudablemente valientes. Con frecuencia alardeábamos de nuestra extraordinaria valentía. Pero Nigger era el valiente de los valientes, el caudillo de nuestra valiente tribu salvaje.

Nigger se atrevía con chicos que le doblaban la edad, se atrevía con hombres y con guardias. Bajaba la cabeza y se arrancaba con los brazos tendidos, la cara feroz, los ojos hinchados, los labios contraídos, como una máquina de hierro, como un animal criado durante siglos para la lucha, por más que su padre fuese un pobre sastrecillo enfermo.

Nigger empezó a odiar a los guardias desde su más tierna infancia. Los guardias de nuestra calle no eran mejores ni peores que la mayor parte de los guardias. Rondaban las puertas traseras de las tabernas bebiendo cerveza gratis. Eran íntimos de las prostitutas, de todos los ladrones, de los vendedores de drogas prohibidas de los chulos y de los tahures de la vecindad. Sacaban dinero de todo el mundo, hasta de los del más humilde cordonero ambulante.

GUARDABAN EL DINERO

Todo el mundo sabía cómo eran los guardias. ¿Por qué, pues, adoptaban aquella actitud de austera virtud con los chicos pequeños? Era como si nosotros fuésemos los mayores criminales de la comarca. Interrumpían nuestros juegos de baseball, confiscaban nuestros mazos. Nos pegaban por chapotear bajo la manga de riego. Nos insultaban y nos perseguían por cualquier motivo. Les sacaba de quicio que nos divirtiéramos.

Cierto día estábamos absortos jugando a los dados. De pronto gritó Fat: "¡Largarse, el guardia!" Todos nos desperdigamos como conejos, dejando unos quince peniques en la acera. Los guardias, por lo general, se embolsaban los cuartos. Esta era una de las cosas que nos indignaban. A menudo sospechábamos de su moralidad por este mezquino robo.

Nigger no corrió. Se agachó tranquilamente y recogió los peniques. Estaba desafiando al guardia. El guardia, rojo de rabia, se hinchó como un pavo y le dió un garrotazo a Nigger en la espalda. Nigger cayó en la acera. El guardia le obligó a soltar el dinero.

Dijo: "¡A ver si te mando al reformatorio!"

Nigger se levantó sin replicar y se marchó. Llevaba en la cara una expresión torva. Cinco minutos después, cayó del cielo un ladrillo; y no le partió el cráneo al guardia por milagro.

Era la respuesta de Nigger. El guardia subió al tejado y lo persiguió. Pero Nigger era demasiado temerario para dejarse pescar. Saltaba de casa a casa como una cabra montés. Estaba dispuesto a morir por la justicia. El guardia no era tán valiente.

Durante varios meses, Nigger se dedicó a tirar ladrillos, basura y cartuchos llenos de agua sobre la cabeza de este guardia. El hombre se volvía loco. Nunca podía trincar al pequeño fantasma. Pero propaló que Nigger era una mala pieza, que debia estar en el reformatorio. Este guardia se llamaba Murph. El fué quien más tarde inclinó la balanza que precipitó a Nigger en su carrera de bandido.

TESOROS ESCONDIDOS

Estaban derribando la calle de Delancey para convertirla en un bulevar, y a causa de esto había allí muchos solares vacios.

En nuestro East Side, ahogado por miles de casas de vecindad, un espacio abierto era un regalo de hadas para los chicos.

Aire, espacio, maleza, sitio para moverse; uno suspiraba por espacio en el East Side, por cualquier pantano o terreno inculto que atestiguara que el mundo era todavía joven, salvaje y libre.

Mi pandilla se apoderó de uno de esos solares y lo convirtió, con poder de la imaginación, en una vasta llanura occidental.

Allí enterrábamos tesoros como los piratas y construíamos fuertes de nieve. Jugábamos al football y al baseball en los largos días de sol. Hacíamos cuevas, y con Peary exploramos el Polo Norte. Allí acampábamos de noche bajo las estrellas, asando batatas, que sabían más dulces porque eran robadas.

Allí fué donde yo vomité mi primer tabaco y donde primero me maravillé de los misterios del sexo. Allí fué donde por primera vez contemplé el cielo.

La furia del tren elevado no se oía allí. El vocerío de los vendedores, que gritaban como un asilo de idiotas; el peligro, el estruendo y el dolor lejos del East Side quedaban aislados por una valla mágica lejos de este nirvana infantil.

Terreno viejo y andrajoso, destripado como un campo de batalla por los picos y las palas de los trabajadores, pequeño vertedero de basura olvidado en medio de las altas casas; ¡oh, refugio de trastos viejos, cochecillos herrumbados, maderos, botellas, cajas, pantalones rotos y gatos muertos; todo el mundo pasaba por ti escupiendo y tapándose las narices. Pero en mi mente todavía resplandeces en un halo de poesía infantil. ¡Ningún otro sitio volverá a parecerme tan maravilloso!

Nosotros teníamos que defender nuestro campo por la fuerza de las armas. Esto lo hacía aún más romántico.

Cierto día de abril, Abie, Jake, Stinker y yo estábamos jugando al marro bajo el cielo azul. Hacía calor. Perros amarillentos andaban como en sueños por la basura. El sol cubría de oro las casas de la vecindad. Charcos de nieve derretida brillaban en el lodo. Un viejo nos contemplaba fumando su pipa.

Los chicos sienten los momentos de belleza, pero no los pueden expresar, excepto a través de una exuberación loca. Nosotros éramos felices. De pronto, una bomba destruyó la paz.

Los chicos de Forsythe Street, nuestros enemigos, bajaron dando alaridos como una bandada de indios. Los dirigía Butch, aquel muchacho moreno e intrépido, cuya reputación era tan formidable como la de Nigger.

Procedieron inmediatamente a machacarnos. Eran unos quince. Abie y Jake fueron enterrados bajo una pirámide de brazos y piernas. Stinker, que se zafaba de todos los líos, suplicando, gimiento, lloriqueando y rebajándose hasta la adulación, pedía a gritos socorro. Butch me tomó por su cuenta. Fué un duelo entre una cucaracha y un tren.

Al fin nos permitieron levantarnos.

—Ojo, chavales — dijo Buch limpiándose las manos en la trasera; — este solar nos pertenece a nosotros, los de Forsythe Street, ¿habéis oído? ¡Con que, a paseo!

Echamos a correr, contentos de escapar con vida. Teníamos las camisas hechas jirones, las medias destrozadas, estábamos llenos de barro, maltrechos, desacreditados. Encontramos a Nigger. Iba cargado con un enorme montón de chaquetas que traía de la fábrica para su familia. Su familia trabajaba en casa y esta era su tarea diaria.

Se puso pálido de rabia cuando le contamos el desastre. Toda aquella tarde la pasamos tomando medidas de estrategia. Espiamos a los de la calle Forsythe, visitamos a los de la calle Eldridge y formamos una alianza contra el enemigo común.

Al día siguiente se dió la histórica batalla. Algunos de los nuestros robaron en sus casas tapas de calderas y las usaron como escudos. Otros tenían espadas de hojalata, palos, cachiporras. Los dos ejércitos se encontraron en la calle. Volaron botellas, las cabezas sangraban. Nigger fué el valiente de los valientes.

Reconquistamos nuestro campo. Y después apostamos centinelas y nos divertimos con el santo y seña, con los ejercicios y con otros ritos militares. Las maestras solteronas se hubieran horrorizado de vernos poner en práctica su principal enseñanza: guerra, guerra.

Pero el Bulevar Schiff era un enemigo que nosotros no podíamos derrotar. Nos robó, al fin, nuestro campo de recreo.

Extendieron una larga tira de asfalto, con árboles anémicos y líneas de bancos, donde los obreros sin trabajo se sentaban en verano.

Volvimos a nuestra atestada calle. No mucho después de esto, Joey Cohen fué aplastado por un tranvía de mulas.

Iba montado en el estribo, y al apearse cayó bajo las ruedas. Fué como un relámpago. Los circunstantes vieron caer su cuerpo y luego oyeron un último grito de dolor.

El tranvía siguió andando. La gente se precipitó a los rieles y recogió el cuerpo destrozado de mi compañero de juegos.

¡Qué terrible bromazo! La cabeza se había perdido. Llegó la policía; los padres de Joey gritaban y gemían, todo el mundo buscaba pero la cabeza no aparecía.

Más tarde fué descubierta debajo del tranvía, colgando del eje ensangrentado.

Este accidente causó una gran impresión en nuestra pandilla. Jake Gottlieb dijo que nunca volvería a montarse en el estribo de un tranvía. Pero Nigger, para demostrar lo bravo que era, hizo un viaje gratis aquella misma tarde.

Joey era un muchacho soñador que usaba gafas y que sintió tanto la muerte de la mariposa. Siempre estaba leyendo libros, y tenía muchas ideas raras. El fué quien me metió en la cabeza la idea de hacerme médico. Yo siempre me había imaginado que quería ser bombero.

LA PRESENTACION DEL JOVEN AMIGO

1 2 3 4 5 6

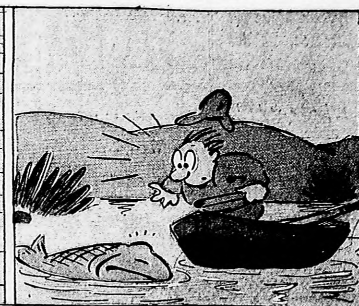
Cuando el joven visitó a su amiguita, ella le presentó sus padres y se inició una conversación general. Poned los dibujos en el orden adecuado y ver'is lo que hizo el joven amigo de esta historieta











LOS CEBOLLITAS Y EL CAPITAN por Dirks







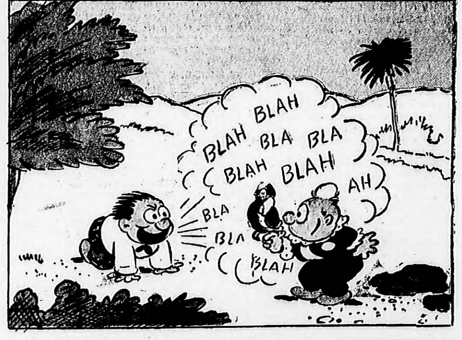
















FRANCAMENTE, NO SE PUEDE CALCULAR QUE VA A SER DE LA VIDA DE ESTA POBRE GENTE, EN ESA ISLA DESOLADA...... POR MAS QUE GRITEN, QUE PIDAN SOCORRO. NO LES OIRAN NI LOS PECES, POR QUE AHI NO EXISTEN. CONTINUARÁ



Resumen de lo que se Publicó el Sábado Cinco

EN aguas de las Islas Filipinas, los marinos argentinos persiguen sin tregua a los barcos de la armada real española. Bloquean sus costas y se apoderan en pocos meses de 16 barcos enemigos, los que fueron echados a pique a la vista del adversario refugiado en el puerto de Manila. En un ataque a un bergantín perece el valiente Somers y los argentinos deben retirarse con algunas pérdidas.

Buchardo no podía quedar impasible ante la muerte de su capitán de bandera y vuelve por la revancha, atacando valientemente el puerto de Santa Cruz. Se apoderó del bergantín hispano y corrió a los defensores de la plaza. Poco después es sorprendido por un feroz temporal, separándose algunos navíos de la flota criolla.

Noticioso Buchardo que las comunicaciones entre California — colonia española en ese entonces y las Islas Filipinas estaban cortadas — resolvió de acuerdo con sus compañeros intentar una hazaña más en costas americanas. Antes se vió obligado a recalar en la Isla Sandwich. El 8 de agosto de 1918, La Argentina, echaba anclas en Karakakowa, capital del reino. Reinaba en este archipiélago Kameha-Meha, llamado Pedro el Grande de la Mar del Sur, monarca inteligente y cauteloso, que había sojuzgado a todos los demás reyezuelos de las islas cercanas, constituyendo un imperio unido y fuerte.

En su puerto se encontraba la fragata Chacabuco, que sublevada en las costas del Perú, había llegado en largo viaje a estas costas y había sido vendida por sus traidores tripulantes a Kameha-Meha.

Buchardo se internó seis leguas en el interior de la isla y reclamó del soberano la entrega de la Chacabuco y el castigo de los culpables por las armas argentinas.

Al principio, en forma arrogante no aceptó Kameha-Meha, la intimación de Buchardo, pero los marinos argentinos se impusieron con valentía y audacia y tras largas tramitaciones consiguieron todo lo que pedían, firmándose un tratado de comercio y paz entre Kameha-Meha y las Provincias Unidas, siendo por lo tanto ese monarca de Sandwich, el primero que reconociera nuestra libertad. Los traidores que se amotinaron en La Chacabuco, fueron castigados sin piedad por el jefe argentino.

Enfiló las naves en dirección a Monterrey — costas de la Alta California— arribando en el mes de noviembre de 1818. Atacó a Monterrey y lo tomó en un estupendo asalto. Se apoderó de un gran armamento y desmanteló por completo las fortalezas, flameando durante seis días en esa ciudad, hoy mejicana, la bandera argentina.

Recorrió toda la costa, y los puertos de San Blas, Acapulco y Sonsonante sufrieron el castigo de las armas argentinas. Días después ataca en Realejo, puerto de Nicaragua, a cuatro buques españoles y toma el más rico botín de la campaña que no ha tenido par en los anales marítimos, e incendian los navíos ante la población aterrorizada.

LA BANDERA PATRIA DOMINO LOS MARES EN LA EPOPEYA G

A los Dos Años de Haber Salido de
"La Argentina" Arribaba a Valp
Marítimas. ★ Buchardo, Iba
Sorda Enemistad que Coc
Martín. ★ Se le Encarcela
Navíos. Necochea y sus Gr

★ ILUSTRACIONES DE ★
NIAHCER SEDITSIRA

★ ● ★

EL bergantín-goleta disparó sobre aquélla siete u ocho cañonazos, fijando la bandera española, que fueron contestados por la corbeta con otros tantos, no pudiendo darle caza por ser menos velera. Tres días después volvió a aparecer a barlovento de los buques argentinos, pero así que los avistó viró de bordo y se perdió en el horizonte como el buque fantasma del capitán Marriat.

Cuando llegó Buchardo al punto donde había dejado fondeados sus buques, encontró que La Argentina se había hecho a la mar persiguiendo otra embarcación que con bandera española había aparecido a la entrada del puerto. Sólo se hallaba allí la Chacabuco, con algunos pocos marineros, los naturales de Sandwich y algunos indios de California, bisoños todos en la maniobra y el manejo de la artillería.

En su parte de 6 de abril de 1819, dice Buchardo con este motivo: "Este fué un momento de conflicto. La corbeta no estaba bien servida por la calidad de la mayor parte de la gente; la de provecho estaba en el canal, al cuidado de las presas y no sabía del paradero de la fragata; sin embargo, nos resolvimos a sostener el honor del Pabellón".

ATAQUE DE POPA

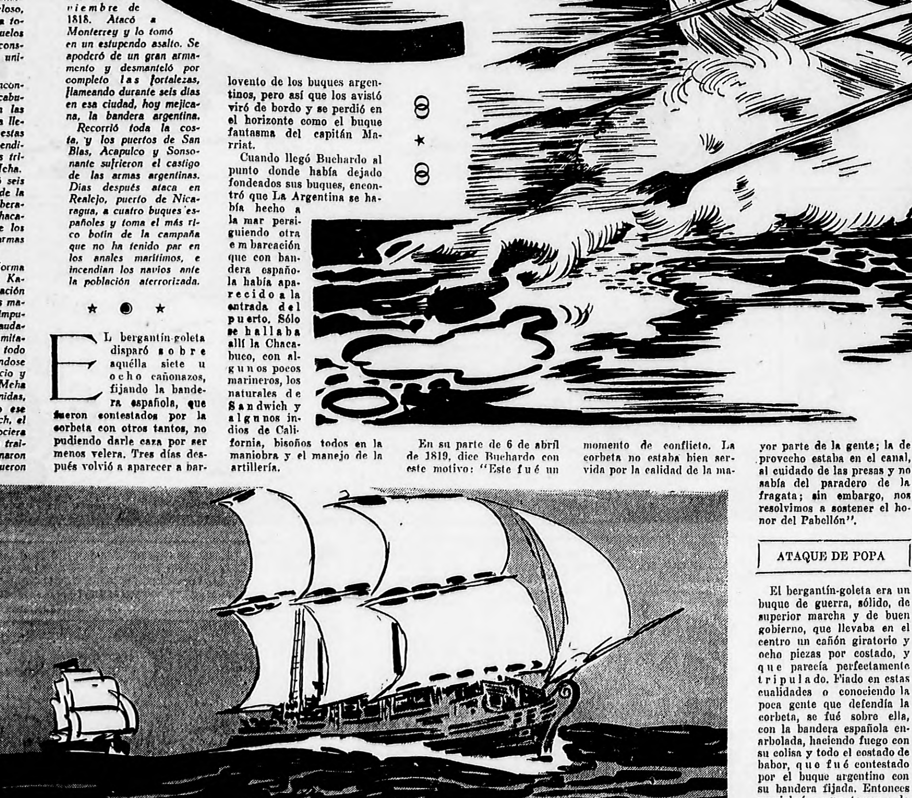
El bergantín-goleta era un buque de guerra, sólido, de superior marcha y de buen gobierno, que llevaba en el centro un cañón giratorio y ocho piezas por costado, y que parecía perfectamente tripulado. Fiado en estas cualidades o conociendo la poca gente que defendía la corbeta, se fué sobre ella, con la bandera española enarbolada, haciendo fuego con su colisa y todo el costado de babor, que fué contestado por el buque argentino con su bandera fijada. Entonces maniobró para tomar a la Chacabuco por la popa, y merced a su gobierno y a la mala calidad de la tripulación argentina, lo consiguió al fin, poniéndose a tiro de pistola, y en tal situación rompió el fuego de fusilería, descargando de nuevo su costado de escribor, que barrió el puente de la corbeta de popa a proa, desmontando algunas piezas, matándole tres hombres e hiriendo mortalmente a otros tres. En aquel momento amagó el abordaje, y dispuesto Buchardo a recibirlo convenientemente, vió con asombro que el buque enemigo arriaba la bandera española, que había mantenido durante el combate y enarbolaba la bandera chilena.

ADMIRACION Y CORAJE

La admiración el coraje, dice Buchardo, sucedieron al dolor de ver aquella sangre vertida tan bárbaramente. Yo habría hecho el debido escarmiento, pero no tenía bastante fuerza para ello. Llamé al comandante del bergantín, por quien supe apellidarse Coll, y que el buque era chileno, corsario contra los españoles. Las reconvenciones sobre su inicuo manejo se me atropellaron, y él no tuvo qué contestar más que con la confusión que le causaban.

El corsario chileno se alejó entonces a toda vela de la Chacabuco y se perdió en el horizonte sin enviar a Buchardo el cirujano que le había pedido para curar a sus heridos, que pocos días después murieron. Al día siguiente regresó La Argentina trayendo una presa a que había dado caza y averiguado que pertenecía al buque chileno con el cual se había

La detención injustificada de los héroes de Buchardo y de su jefe, encendió el patriotismo de las tropas de San Martín, hasta que el gran Necochea dispuso que un oficial con un piquete se posesionase de la fragata argentina, enarbolando la gloriosa bandera de la patria



Buchardo quiso seguir con sus navíos al bergantín-goleta español, saliendo fuera del canal del puerto de Realejo, pero el buque real más ligero y más marinero se perdió en la lejanía, como ya se había esfumado el buque fantasma del capitán chileno Marriat.

por correr más que ninguno de bamos, gritabamos, le tirabamos

GLORIOSA Y GRANDE DE "LA ARGENTINA"

o de la Bahía de Barragán, Valparaíso, con Varias Presas ba a Ser la Víctima de la Cochrane Guardaba a San celó y se le Quitaron los Granaderos los Recuperan

batido, fué puesta en libertad.

Este fué el último combate del penoso crucero de La Argentina.

El 9 de julio de 1819, a los dos años de haber salido de la Ensenada de Barragán, echó el ancla La Argentina en el puerto de Valparaíso, habiéndole precedido las presas convoyadas por la Chacabuco.

La escuadra chilena, mandada por el famoso lord Cochrane, estaba fondeada en el puerto, y a su inmediación se veía la fragata Andrómaca, a cuyo bordo había trasladado los heridos de la sublevación en la rada de Buenos Aires, la víspera de hacerse a la vela para dar la vuelta al mundo. La coincidencia del día de arribo y del encuentro después de tan largo tiempo y tan larga navegación, no dejaba de ser notable, y Buchardo tuvo un triste pensamiento al volverse a encontrar con aquel buque que traía a su memoria la sangrienta escena de la partida.



ardo, s de un ar- atria

LA ESCUADRA CHILENA

Notando que la Chacabuco y las demás presas que había venido convoyando se hallaban sin bandera y bajo los fuegos del castillo de tierra y de la escuadra chilena, no supo darse cuenta de lo que pasaba; pero luego tuvo la explicación del enigma.

Las presas habían sido secuestradas por oden del almirante Cochrane, aprisionando a su tripulación; y a La Argentina y a él les estaba reservada la misma suerte, después de tan meritorios servicios y tan largos padecimientos y peligros.

ACTITUD INDIGNA

El modo cómo se perpetró esta violencia está narrado en la protesta que el mismo Buchardo formuló en Valparaíso ante escribano público, y dice así: "Hipólito Buchardo, capitán de la fragata corsaria La Argentina fondeada en ésta rada, digo: Que después de concluído el crucero, salí del puerto del Realejo con tres presas hechas por mí, a saber: la corbeta Santa Rosa de Chacabuco, una goleta, María Sofía y un buque, San José (alias) Neptuno, cuyas presas anticiparon su entrada en este puerto. A mi arribo fuí informado por sus oficiales hallarse desposeídos del mando y secuestrados por el señor vicealmirante de estas fuerzas navales, D. Tomás Cochrane; y que en esta circunstancia, hallándose a bordo de la fragata La Argentina, fué abordado en la noche por dos oficiales de mar de la escuadra con sus espadas desnudas en ademán de herir, ordenándole en nombre del almirante cediese a la fuerza y entregase el buque a su disposición, y sin hacer la menor resistencia, ni él ni otra persona de su tripulación, fueron todos trasbordados al navío San Martín y entregada la fragata sin las formalidades correspondientes, ni más resguardo que un recibo. Y como este procedimiento perjudica no sólo los intereses que administro, sino también el crédito de la Nación Argentina, bajo cuyo pabellón he hecho el corso, así como mi buena reputación en el crucero, desde ahora y para siempre protesto todos los daños y menoscabos que se me irroguen, una, dos y tres veces, contra quien los haya causado".



Desde el puerto de Realejo, los soldados españoles que custodioban el fuerte presenciaron el terrible combate entre La Chacabuco, atacada por la popa por un navío español. Este buque abandonó el encuentro

ODIO A SAN MARTIN

La verdad era que el almirante Cochrane solía contrariar a menudo con sus actos la política del gobierno chileno, y que en este caso, oyendo un infundado reclamo hecho por el capitán Shineff, de la fragata Andrómaca, de S. M. B. sobre un buque inglés visitado por Buchardo durante el crucero, y atendiendo a la queja de un súbdito británico que se decía dueño de la goleta María Sofía, apresada en el Realejo, usurpaba las atribuciones del gobierno y de los tribunales argentinos, constituyéndose en juez y parte, proveniente, quizás, de su hambre de oro y de la antipatía con que miraba a San Martín en su empeño de arrebatarle el mando de la proyectada expedición al Perú.

El entonces coronel D. Tomás Guido, diputado de las Provincias Unidas del Río de la Plata cerca del gobierno de Chile, reclamó del hecho en términos convenientes, y después de una lenta negociación diplomática, la comisión de presas, reunida en el despacho del Director Supremo de Chile, que la presidió en aquella ocasión, pronunció el sig..ient. auto definitivo:

SALVA DIPLOMATICA

"Santiago, 9 de octubre de 1819. Póngase en libertad al teniente coronel D. Hipólito Buchardo y devuélvasele la fragata Argentina y demás buques tomados en su corso, esperándose del supremo gobierno se servirá disponer la satisfacción debida al pabellón de Chile, por la resistencia que parece haberse hecho al "registro ordenado" por el vicealmirante lord Cochrane. — GODOY. - Arroyo. Vera".

Así terminó el último incidente del crucero de La Argentina, con una salva diplomática al gobierno de las Provincias Unidas, y una media salva al almirante Cochrane, haciendo constar, sin embargo, en las palabras empleadas para cohonestar su procedimiento, el verdadero móvil del embargo, pues el "registro ordenado" no podía tener por objeto averiguar delitos, sino descubrir riquezas.

Pero antes que esta solución amistosa y digna para ambos gobiernos fuese ajustada, el nudo diplomático había sido cortado por la espada del Ejército de Los Andes.

EL GRAN NECOCHEA

La detención injustificada y violenta de los buques de Buchardo, había encendido la rivalidad entre los marinos de Cochrane y los soldados argentinos que se hallaban en Valparaíso, al punto de no poder encontrarse un soldado y un marinero sin echar mano a sus puñales, llegando al extremo de trabarse verdaderos combates en las calles de la ciudad. Fatigado de estos desórdenes o anticipándose tal vez a las pasiones tumultuosas de su tropa, el coronel Necochea dispuso un día que un oficial con un piquete de granaderos tomase un bote y se fuesen a posesionar de grado o por la fuerza de la fragata, enarbolando en ella la bandera argentina arriada por el almirante de Chile. Así se hizo, y cuando Buchardo se presentó en su buque con el decreto del gobierno que se lo mandaba devolver, encontró tremolado en él la bandera que por espacio de dos años había mantenido en sus mástiles con tanto honor.

BUCHARDO EN PERU

Una campaña de dos años, dando la vuelta al mundo en medio de continuos trabajos y peligros; una navegación de diez a doce mil millas por los más remotos mares de la tierra, en que se domina una sublevación, se sofoca un incendio a bordo, se impide el tráfico de esclavos en Madagascar, se derrota a los piratas malayos en el estrecho de Macassar, se bloquea a Filipinas anonadando su comercio y su marina de guerra, se domina parte de Oceanía, imponiendo la ley a sus más grandes reyes por la diplomacia o por la fuerza; en que se toma por asalto la capital de Alta California, se derrama el espanto en las costas de Méjico, se hace otro tanto en Centro América, se establecen bloqueos sobre San Blás y Acapulco, se toma a viva fuerza el puerto de Realejo, apresándose en este intervalo más de 20 piezas de artillería, rescatando un buque de guerra a la nación, y aprisionando o quemando como 25 buques enemigos, dando el último golpe mortal al comercio de la metrópoli en sus posesiones coloniales y paseando en triunfo por todo el orbe la bandera que se le había confiado, es ciertamente un crucero memorable y digno de ser historiado.

Su jefe, el intrépido Buchardo, alcanzó el premio de sus fatigas, retirándose con una regular fortuna, fruto de su expedición.

Así como había acompañado a San Martín en su primer combate sobre las márgenes del Paraná en 1813, precediéndole en 1815 en su crucero al mar Pacífico, le acompañó con su buque en su memorable expedición al Perú en 1829, siendo empleado después en la escuadra peruana como lo fué su discípulo Espora, tan célebre después en la guerra marítima entre la República Argentina y el Imperio del Brasil. El Perú fué desde entonces su patria adoptiva, y murió en Lima en 1843, sin volver a la tierra cuya historia ha ilustrado con uno de sus más interesantes y novelescos episodios.

Tal hombre y tales hechos merecerían ser rememorados, sacándolos de la obscuridad en que yacían, cubiertos por el polvo que ahora empieza a ser sacudido por los legítimos herederos de las glorias de la Revolución Argentina.

Fín

En las filas marineras de Buchardo, servían marinos-soldados, indios de California, naturales de la Isla Sandwich, todos elementos bisoños, que debían pelear con los aguerridos marinos de las fuerzas españolas









No Consiguieron Hacer Reír a Ranita ⋆ por T. Knight

























historia de bartek que llegó a ser gran medico

UNA pobre viuda tenía un hijo incapaz de hacer nada. Su nombre era Bartek, y en el lugar las malas lenguas le llamaban Bartek, el "holgazán" y las buenas gentes Bartek, "el imbécil". Otros nada decían y compadecían a la madre. Porque, en efecto, Bartek — "el holgazán" o "el imbécil", como queráis — se pasaba el santo día ocioso, *o poco menos*.

Al verano, en el campo, ponía a cocer patatas en la ceniza, contaba las moscas que se posaban en los flancos de las vacas, bostezaba, se desperezaba. Al invierno, era aún peor, permanecía tendido en la estufa, y aun esto le fatigaba.

La pobre viuda trajinaba de la mañana a la noche, y a veces de la noche a la mañana para alimentar al gran tumbón de su hijo que, para colmo de desgracias, comía como cuatro.

Pero, al fin, la viuda se cansó y le dijo:

—Ya trabajé bastante, te llegó a ti el turno.

Bartek, que dormitaba sobre la estufa, respondió con un largo bostezo:

—¡Buena la he hécho con traer al mundo semejante perezoso! — continuó diciendo la viuda, mientras deslizaba su escoba por todos los rincones de la cabaña —. Si al menos bajases de la estufa, si me ayudases aunque sólo fuese a traer agua de la fuente... Escucha — prosiguió —: hoy es la feria de Tarnow. Coge la vaca y vete a venderla. Nos hace falta dinero para pagar el impuesto al Staroste. Avíate. Yo soy demasiado vieja para trabajar.

Era su voz tan débil, que Bartek, por primera vez en su vida, respondió sin dudar:

—Bien. Iré.

Bajó de la estufa, fué a desatar la vaca y se marchó a Tarnow.

—Fíjate bien — gritó la madre. — Cinco ducados, ni un céntimo menos.

Ya Bartek y su vaca desaparecían en un recodo del camino.

Frente a la casa de un hombre rico, detúvose Bartek y empezó a gritar y lanzó maldiciones

EN EL VIEJO MERCADO

Llegaba la noche cuando Bartek llegó a Tarnow. Cuando ya estaba cerca del mercado, se fijó en una casa de soberbia apariencia, cuyas puertas y ventanas estaban guarnecidas de oro. Bartek, embelesado, se plantó en medio de la calle, gritando, sin darse cuenta de que levantaba la voz:

—He aquí gente rica. ¡Hace falta mucha grasa de carnero para sacar tanto brillo a las puertas y ventanas! ¡Malhaya haber nacido entre los pobres y no entre los ricos! Yo querría...

No acabó. Una de las ventanas se acababa de abrir. Porque esta casa la habitaba un boticario que precisamente tenía necesidad de un aprendiz. Las quejas de Bartek le hicieron gracia, le gustó su aspecto, y helo aquí asomándose y llamando:

—¡Eh, mocito, acércate!

Bartek dió un paso quitándose el gorro.

—¿Quieres tener grasa de carnero a tu capricho? Si quieres, entra a mi servicio, dame tu vaca y yo te enseñaré mi profesión.

—¿Una profesión? Ah! ¿Cuál? —dijo Bartek, que al solo nombre de profesión había retrocedido un poco.

—Pues la de boticario.

—Es que...

Bartek escuchaba aquella palabra por la primera vez en su vida. Se rascó la cabeza.

—Pero ¿hay que trabajar?

—¡Claro! Se cuidan enfermos, se curan, se gana mucho dinero...

Al oír lo de dinero, Bartek aguzó el oído:

—¿Mucho dinero? ¡Allá voy!

—Bien, me gustas. Tu vaca es mía. En cambio yo te enseñaré la medicina. ¿Conformes?

—¡Conformes!

EN UNA BOTICA

He aquí a Bartek instalado en casa del boticario. Barría su laboratorio, quitaba el polvo de las retortas, ordenaba los frascos, *partía leña, encendía* la estufa, seleccionaba las hierbas, vigilaba los cocimientos de las medicinas. Su oficio, en fin, le gustaba. Hacía buena cara a la faena. Y su maestro se daba de ello cuenta. Un día le dijo:

—Oye, Bartek: me llaman para asistir a Vaiewod de Cracovia que acaba de tragarse una espina de sollo. Si llaman, en mi ausencia, tú ya sabes dónde están los medicamentos, comienzas a conocerlos, vete ya soltando.

Bartek enrojeció de orgullo.

—Vaya tranquilo, maestro — le dijo, besándole la mano—. No os dejaré en mal lugar.

—Bien — dijo el boticario —. Adiós.

Y se marchó a Cracovia.

Aquella misma noche, llamó a la puerta un campesino. Bartek, dándose mucha importancia, acudió a abrir.

—¿A quién buscas?

—Al célebre doctor.

—Yo soy. ¿Qué te pasa, buen hombre?

—Voy a decíroslo. Mi mujer está con fiebre.

—¡Ah! ¡Ah! Muy bien — dijo Bartek, imitando los ademanes del maestro. Subió al gabinete del boticario, cogió el primer frasco que le vino a la mano, y volvió a bajar.

—Aquí tiene, buen hombre.

Y dió en el clavo. Tres días más tarde, volvió el campesino, trayendo a su mujer fresca y rosada, y a Bartek una oca de lo menos diez libras. Después de hacer reverencias, hasta tocar el suelo con la frente, se marcharon, dejando a Bartek muy satisfecho de sí mismo.

—Debo ser un famoso doctor, para que me traigan ocas de diez libras — pensó —. ¡Dios quiera que esto continúe! Pronto tendré de sobra, grasa para dar brillo a mis puertas y ventanas. ¡Mi madre va a estar orgullosa!

Cuando regresó el boticario, no dejó Bartek de contarle su éxito. Hasta exageró un poco, cosa que no es gran pecado, y su maestro le dió una palmadita en el hombro.

—Bien, mocito, bien. A trabajar, y todo irá de primera.

Bartek permaneció dos años en casa del boticario. Cuando hizo en ella los progresos suficientes, dijo a su maestro:

—Tengo bastante. Me volveré con mi madre y seré el médico del lugar.

—Como quieras, mocito.

El boticario le pagó su sueldo y, de propina, le regaló un viejo libro donde estaban apuntados todos los remedios posibles e imposibles. Considérese lo contento que iría Bartek. Hizo a su maestro un saludo tan profundo que su nariz rozó el pavimento. Después, con el libro atado a la espalda, se puso en camino.

Bartek permaneció aún dos años en casa del boticario, realizando muy grandes progresos y ganó mucho dinero en su país

UNA MUJER MUY VIEJA

Después de algunas horas de viaje, vió una mujer tan vieja, tan vieja, que parecía venir del otro mundo: su rostro amarillo y seco, tenía el aspecto de los abarquillados pergaminos que Bartek llevaba a la espalda. Sólo los dos ojos perforantes, de una extrema movilidad, la animaban. Llevaba en la mano una campanita que agitaba continuamente. Pero ¡cosa sorprendente! de ella no salía ningún sonido. Ni el más leve tintineo. Se hubiese dicho que la campana no tenía badajo. La extraña vieja estaba sentada al borde de un charco atravesado en el camino, y que Bartek, en el primer momento, no había advertido.

—Buen mozo — dijo ella, y la barba se le juntó con la nariz —. Buen mozo, ayúdame a cruzar el charco. Tengo mucha faena el otro lado.

—¡Mucha faena, a vuestra edad!... ¿Cuál es?

—Ya lo ves, tañer.

—¡Que os la paguen bien! Pero, pardiez, tañed más fuerte. Yo no oigo nada.

—Tanto mejor para ti, buen mozo, tanto mejor. Llévame a cuestas.

—¡Con mucho gusto! Suba usted. ¡Hup! Ya está.

Cuando ya el charco quedó atrás, Bartek dejó en tierra a la anciana.

—¿Por dónde vas tú, hijo mío?

—Por ahí.

—Yo también. Iremos juntos.

—Encantado.

Andando, andando, Bartek, ya en confianza, le contó su historia.

—Oye — dijo la vieja —. Tú me has hecho la impresión de un excelente mozo, y además me sacaste del atolladero. A mi vez, te ayudaré. Mírame, Bartek: ¿sabes quién soy?

—No sé... Se parece a mi abuela difunta.

Y Bartek retrocedió esbozando la señal de la cruz.

—No te vayas. Soy la Muerte... No tengas miedo... No te haré daño; al contrario, voy a revelarte un secreto que te podrá ser útil en tu *profesión*. Cuando asistas a un enfermo grave, pon atención: si yo estoy a los pies de la cama, cuídalo bien, porque puede curar. Pero si estoy a la cabecera, no te canses, se trata de un moribundo. Ya ves, no has servido a una ingrata: un servicio vale por otro. Ahora, este es mi camino y este es el tuyo. Adiós, Bartek.

—Adiós, Muerte.

Un gran acontecimiento, aquella mañana, en el pequeño pueblo de Bartek. Se extendió el rumor de su regreso. Las comadres desde la escalerilla de sus puertas, con las manos en las caderas, le miraban pasar, curvado en dos, bajo el peso de su gran libro atado a la espalda.

—Es Bartek "el Imbécil".

—Es Bartek "el Holgazán".

—¡Os engañáis! — les gritó —. Soy un gran doctor.

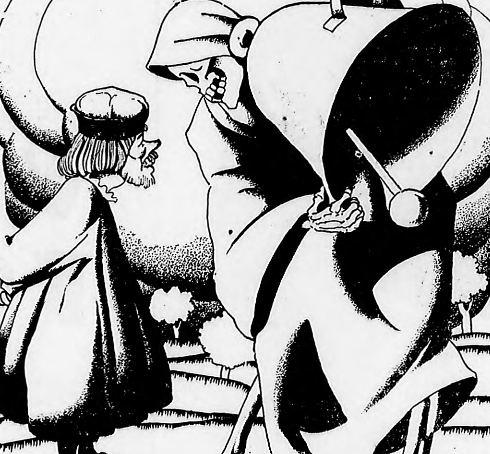
Entretanto, su madre había muerto. Con los dineros de su maestro, hizo reparar su cabaña y grabó encima de la puerta: "Aquí vive Bartek, el célebre doctor."

—Puesto que es célebre, vamos a consultarle — dijo un vecino.

—Vamos ahora mismo — dijo otro.

—Nada arriesgamos — dijo un tercero.

—Probemos siempre — dijo un cuarto.



Y el mozo marchó con la desconocida que al final le reveló que era la Muerte. Le dió consejos sanos porque no fué un ingrato, la sacó del atolladero y no le demostró miedo alguno en el viaje

Ilustró PREMIANI

Y ERA FAMOSO DOCTOR

Algunos enfermos, pues, se presentaron y nuestro amigo atendió a su cometido. Cuando la Muerte estaba sentada a los pies del enfermo, nadie podía decir que Bartek no lo había curado. Cuando, por el contrario, la Muerte estaba a la cabecera, Bartek declaraba:

—Este no tiene remedio.

Y, efectivamente, el enfermo fallecía algunos días más tarde, aunque sólo le doliesen las muelas.

Así, la fama del nuevo doctor no tardó en crecer, y afluyeron los enfermos. Venían del mismo lugar, venían de los campos de alrededor, venían de los lugares vecinos, de Thorun, de Gniezno, de Poznan. Allí acudió, en fin, toda Polonia.

Un día, la hija de Voiewod de Cracovia cayó enferma, y Bartek fué enviado a buscar para asistirla. Le fueron a buscar en una soberbia carroza que galopó noche y día, a rienda suelta, porque Volewod estaba muy inquieto.

—Famoso doctor — exclamó: —¡cura a mi hija única!

Era un hombre pálido y flaco. Sólo su nariz se había inflado como una manzana y enrojecido como una brasa, tanto había llorado durante la noche.

Bartek se hizo llevar junto a la enferma.

—¡Que me dejen con ella!

La muchacha no parecía haber llegado a una extrema gravedad. No tenía una gran fiebre.

—¡Bah! — pensó Bartek —. Unas buenas sangrías, y dentro de poco, fuera de peligro.

De pronto se le erizó el pelo... ¡Horror! Con su campanita en la mano, la Muerte se sentó junto a la cabecera.

—¡Muerte! Pasa al pie de la cama — suplicó Bartek.

—¡No, no! — dijo la Muerte.

El infeliz doctor insistió:

—Con que des dos pasos...

—Imposible, te digo.

—Mira... ¡Es tan bonita!

—No insistas, me molestas.

Bartek no sabía cómo doblegar a la horrible vieja.

—Yo me atrevo a pedirte... ¿Qué más te da, la cabeza o los pies?

—Hoy, en la cabeza.

—Escucha... Sé razonable. Te dejo el próximo enfermo, pero a la hija de Voiewod, ¡déjamela!

—No, no y no.

—Bartek terminó por irritarse.

—¿Es tu última palabra?

—Es mi última palabra.

—Bien. Veremos.

Bartek cogió a la muchacha en sus brazos y... ¡uno!... ¡dos!... ¡hup!... En un momento le dió la vuelta, de modo que ahora los pies descansaban en la almohada, mientras la cabeza estaba al pie de la *cama*. La *Muerte no se encontraba* ya a la cabecera, sino a los pies de la paciente.

¡Y la Muerte fué burlada!

Días después, la muchacha, completamente curada, jugaba al balón en las avenidas del Parque, y Bartek, cargado de oro y de presentes por Voiewod, tomó el camino de su pueblo, muy satisfecho de *sí mismo*.

GRITA LA ILUMINADA

—¡Din! ¡Din, din! ¡Don!

Bartek volvió la cabeza. Al borde de una zanja estaba sentada la Muerte.

—¡Sígueme! — dijo ella.

—¿Por qué?

—Porque tú lo has querido.

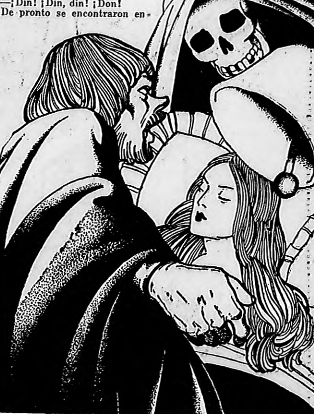
—Pero aún...

—Cállate, y ven.

Bartek la siguió, ajustando el paso al de la Muerte, y sorprendiéndose de oír esta vez la campanilla. Anduvieron muchos días, cruzaron tres montañas y tres valles, bajaron al fondo de una torrentera, se hundieron en un largo túnel. Al fin del subterráneo, una pesada roca dió la vuelta sobre sí misma; largo tiempo avanzaron en plena oscuridad. Bartek se pegaba a la campanilla, que la vieja movía sin descanso:

—¡Din! ¡Din, din! ¡Don!

De pronto se encontraron en una especie de gruta iluminada por cientos de resplandores. La gruta parecía estar tapizada de ellos. En las concavidades de la roca, en los salientes, en la misma tierra, bujías, sólo pequeñas bujías. Las unas tenían una llama que ascendía, alta y clara; las otras apenas brillaban. En las unas la llama comenzaba a oscilar; en las *otras, se torcía, ya próximo su fin*. Algunas acababan de extinguirse y aún humeaban.



Con asombro vió Bartek que la Muerte estaba al pie de la cama de la bella enferma, pero la Muerte se retiró burlada

BARTEK SE MUERE

—Este es mi *reino* — *dijo la Muerte —. ¿Ves estas luces?* Son vidas humanas. Cuando un hombre va a morir su bujía se extingue y mi campanita se lo advierte.

Bartek arrojó una mirada sobre la campanita, cuyo tañido oía tan claramente, y tembló.

—Mira hacia aquí — prosiguió la Muerte.

Una llama subía, muy recta.

—Es la luz de la hija de Voiewod. Iba a extinguirse, pero tú la has reanimado. Y, ahora, mira la tuya.

Y Bartek divisó, en el fondo de la gruta, en un ángulo, un resplandor azulenco, muy pequeño, cercano a apagarse, que se torcía, lamiendo la roca.

—Has salvado a tu enferma. Tanto mejor para ella — dijo la Muerte —. En cambio, tú debes entregar tu vida.

—¡Din! ¡Din, din! ¡Don! — tañó la campanita, por última vez.

Y en el mismo instante, la luz se extinguió, y Bartek cesó de vivir.

SUSANA STROWSKA

Soluciones de Juegos para Niños ★ Publicados el Sábado Cinco ★

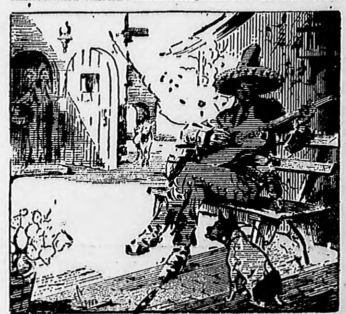
El titulado: "¿Cuáles son los siete errores?" tiene esta única solución

[illegible]s siete errores de la escena pacíf[illegible] publicada en el número ant[illegible]r son: Los calcetines del hombre no son iguales; Una patilla de los anteojos está al revés; Un lado del jarro es derecho y otro encorvado; En la puerta falta el vidrio; Una de las pántallas de la lámpara suspendida de la pared está puesta al revés; La manga de la camisa del hombre es diferente a la camisa; En el respaldo del sillón falta un soporte.

El que lleva el título: "Encontrad aquí ocho errores", tiene esta solución:

Los ocho errores del puzzle publicado en el número anterior son: 1: El hombre se ha puesto el overall al revés. 2: También tiene su oreja en el sentido contrario. 3: La lata de pintura no tiene base. 4: Está pintando con un martillo. 5: La palabra Pintura está mal escrita (dice Pintora). 6: El chico está sentado donde acaba de pintar. 7: A la silla le falta un rayo en el respaldo. 8: Las cortinas transparentes no son del mismo largo.

ENCONTRAD TRES CABEZAS OCULTAS



Esta es una escena tropical donde se ve un señor indolente al cual escuchan dos señoritas. Buscad las cabezas de una niña, de un gato y de un pájaro que se ocultan en el dibujo. Es pequeño el trabajo.